MENSAJE

SUMARIO

NAVIDAD, *Carmen Valle.* — LA TEOLOGIA CAMINO HACIA LA TERCERA EDAD DEL HOMBRE, *A. Cox B.*— KANT Y LENIN, *L. J. Morèau.* — BALANCE DE SARTRE. *M. Iturrate A.* — PSICOLOGIA DEL JOVEN DE LA POSTGUERRA, *A. Hurtado C.* — EL MATRIMONIO Y LOS HIJOS, *J. Aldunate L.* — SIGNOS DEL TIEMPO, *J. Jiménez B., G. Viviani.*— ORIENTACION BIBLIOGRAFICA. — J. *Aldunate L.*

Vol. I N. 3 - SANTIAGO DE CHILE - Diciembre 1951

MENSAJE

EL MENSAJE CRISTIANO FRENTE AL MUNDO DE HOY

DIRECCION

Alonso Ovalle 1475 — Casilla 597 — Tel. 88976
SANTIAGO DE CHILE

DIRECTOR

ALBERTO HURTADO CRUCHAGA, S. I.

SUBDIRECTORES:

CARLOS ALDUNATE LYON, S. I. — JOSE CIFUENTES GREZ, S. I.

INDICE

NAVIDAD, *Carmen Valle*. 97
LA TEOLOGIA CAMINO HACIA LA TERCERA EDAD DEL HOMBRE, *Andrés Cox B., S. I.* 99
KANT Y LENIN, *Fr. L. J. Moreau, O. P.* 105
BALANCE DE SARTRE, *Miguel Iturrate A. S. I.* 109
PSICOLOGIA DEL JOVEN DE LA POSTGUERRA, *A. Hurtado C., S. I.* 119
EL MATRIMONIO Y LOS HIJOS, *J. Aldunate Lyon, S. I.* 127
SIGNOS DEL TIEMPO:
"LA CULTURA POR LA CULTURA"... Y LA FALTA DE INFORMACIONES, *Julio Jiménez B., S. I.* 131
EL MENSAJE DE AMOR DEL PADRE LOMBARDI, *G. Viviani*. 139
ORIENTACION BIBLIOGRAFICA: ETICA SOCIAL, *J. Aldunate Lyon, S. I.* 142

SUSCRIPCION ANUAL:

Chile: $ 250.— Extranjero: US$ 4.—

Vol. I. Número 3 **MENSAJE** Diciembre 1951
EL MENSAJE CRISTIANO FRENTE AL MUNDO DE HOY

N A V I D A D

por Carmen Valle.

Dios es Amor. Este niño del Pesebre, Niño Dios, es el Amor.

Se ha entrado Amor a nuestra zona; amor pleno y verdadero. Pueden verle todos los ojos y besarle todos los labios. Y en torno al más tierno y arrebatador de los misterios se difunde una aureola. No es poesía, que evoca pastorcitos y estrella; no es tradición dulce hogareña, con aroma a pino, cera y miel; ni es costumbre popular de alegría, con derroche de regalos.

Existe aquello en esta noche, sí todo aquello: y es una ola que nos arrolla en indecible suavidad. Esos aspectos sin embargo: la alegría, el pino, los villancicos... son reflejos de la causa, de la escena, que es la aureola de Navidad.

Se enciende a su contacto en mi pecho el pabilo, que si no ha muerto languidece, pestañea. Su revivir en mí es mi más grande felicidad; porque mi razón de ser, mi principio y mi fin es el Amor.

Brilla el misterio de Navidad, y yo, en sus ondas, me enciendo a amar. Hasta la punta de los dedos me estremece la alegría del pequeño don, dado y recibido, al hermano del hermano; al amigo del amigo. El saludo a mi vecino se ha cargado y recargado de bondad. Al fin, en uno siquiera de los 365 intervalos dedicados al egoísmo, al vivir yo, siéntome libre del peso ruín y estoy viviendo en alborozo mi medida legítima inicial, mi doble ritmo del corazón.

Es Navidad: Nació Amor en todas partes. También en mí. Como una flor sobre raíz que estaba estéril, por la razón de haber equivocado desde el principio el recto curso de su savia.

Pasará empero la Estrella de Belén. Se apagará en las almas la tea. Y volverá el ambiente a ser opaco.

Corazón, no te entristezcas. Piensa más bien:

Todo es signo para el alma que espera.

Es esta Fiesta memoria de lo que sucedió en Judea; pero más bien que eso es prefigura del advenir que plenamente se aproxima.

Va a estrellarse nuestro envión un día de estos, contra el Diamante Eternidad; y habremos llegado a este final del camino del tiempo, jalonado por anuncios fúlgidos arriba, brillando como gemas a "nuestros pies, o humildes y fervorosos, en corolas que embalsaman el sendero.

Son señales del País que nos espera.

Ninguna es elocuente como "el resplandor en la noche de la verdadera luz".

¿Qué nos dice la liturgia?

En la Misa de Medianoche leemos:

"Vivamos, en este siglo, sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y el advenimiento glorioso del gran Dios y Salvador nuestro Jesús".

Y en la víspera de Navidad, como en la Misa de la Vigilia:

"Mañana será borrada la iniquidad de la tierra y reinará sobre nosotros el Salvador del Mundo".

Más que de hoy se nos habla de mañana, de futuro, de esperanza, de advenimiento.

Es pués esta Fiesta un ensayo. Como lampo que parte la nube que me tiene sordo y ciego. Tomo el gusto por un día, a mi sabor definitivo, delicioso. El que en

la Fuente hasta saciarnos sorberemos "cuando El reine".

Cuando será borrada la iniquidad de nuestro desamor: y viviremos del Amor.

La iniquidad de la injusticia social: y viviremos de Justicia.

La iniquidad de la guerra y viviremos en la paz.

La iniquidad la peor de todas, el olvido de Dios; y holgaremos, amando al Padre universal, en la suma Belleza de su Faz, y en la Bondad sin límites de su regazo.

Todo es signo, todo es símbolo, desde la flor humilde, oculta en el valle hasta el acontecimiento histórico.

Dice una tradición que Juan Bautista, aquel ser extraño cuya mente se clavaba en el aparecer del Verbo, no contento con gritar como trompeta en su yermo:

"Preparad los caminos... etc.", tomaba la pala y, gigante visionario ejecutor de una profética señal aplanaba materialmente el sendero por donde sabía que a él vendría el Esposo, el Cordero de Dios. Quitaba piedras, abajaba montículos y rellenaba honduras.

Y pensamos a veces que la idea de Justicia Social, que inquieta los espíritus cada vez más, que levanta su marea indetenible en todo el mundo, es el Signo individual de Juan Bautista realizado en un más alto grado, colectivo, universal, y correspondiente a la segunda venida del Señor.

Aparece Jesús en Judea y se oyen en esa tierra palabras revolucionarias:

"El que tiene dos vestidos dé uno al que no tiene ninguno y haga otro tanto el que tiene que comer:" Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada.

"¡Ay de los ricos... bienaventurados los pobres!", etc.

¿No parece como que —acercándose el día de la última Venida—, de la cual la primera era la semilla — presiente la intuición humana el clima venidero y, ampliando el gesto de Juan, inspirada en la misma onda, coge en manos, no la picota y la pala, sino que la Balanza, para ver cómo avanzarle al Dios de la Justicia la Tarea.

Pero entre una y otra de ambas venidas divinas asombrosas tenemos esta: Noches, dulces Navidades de Amor, en que todo se deja a un lado que no sea dulzura de Amor.

Sabor íntimo, esencia saturada de lo que habrá y sólo existirá para los que supieron amar —después del establecimiento de la justicia definitiva. Sentencia inapelable: "Id al fuego eterno, porque no me disteis de comer... Venid al Reino porque me vestisteis, me disteis de comer... etc.

Después de pasado aquello tan terrible, no se hablará ya nunca más de Justicia, sino sólo de Amor.

Amor que tanto necesitamos, felicidad de amar y de ser amado.

¡Oh noche de la milagrosa Estrella que nos abre el corazón!

LA TEOLOGIA CAMINO HACIA LA TERCERA EDAD DEL HOMBRE

por Andrés Cox Balmaceda, S. I.

I.— PLANTEO

Nuestro globo visto desde la luna debe parecerse mucho a una plaza de feria: mercachifles de todas clases, venta de pollos y santitos, conejos, peinetas y géneros baratos, gritos, ruido, color, gente que va y viene, se pisa los pies y roba billeteras, carcajadas acá, puñetazos allá, carrusel y toda clase de juegos... De todo y nada!

Presenciamos una avalancha de acontecimientos grandes y chicos sin conexión. Las filosofías y las guerras mundiales se encaraman unas sobre otras; en una esquina predica un ateo, y al frente, un cura; unos juntan devotamente las manos, otros vibran el puño en alto; aquí se reune una conferencia de paz, y al lado disparan los cañones, y entre medio se juega canasta...

1.—Los ensayos filosóficos han fracasado uno tras otro. El pensamiento humano se ha mostrado rico en disparates catastróficos. ¿Dónde está la mano fuerte capaz de imprimir rumbo a la feria contemporánea? ¿Cuál es la tarea inmediata llamada a dar sentido a la batahola moderna?

La dialéctica histórica —al menos como ley histórica— tiene su valor. Hoy nos afrontamos quizás a una síntesis resultado curioso y abigarrado de la Edad Media y del Renacimiento. Quiero decir que el malestar moderno es una hipertrofia. Un humanismo satisfecho de sí mismo que se erigió en redentor del mundo. Levantó una gran estatua al hombre, pero con pies de barro. Creó un mundo antropocéntrico que desplazó a Dios. Y se soltaron todos los demonios. Y no hay ningún hombre fuerte que los ate, porque el peor demonio es el hombre mismo. La vieja superstición que creó el mundo medioeval está superada. Aniquilada...

II.—LOS FRACASOS DE LAS FILOSOFIAS

2.— Pero la comenzamos a echar de menos! (Todavía ciertos sectores chilenos despotrican contra ella...!) Los sustitutivos han fracasado uno a uno. Los declamadores del hombre le han dicho toda clase de piropos... pero contradictorios:

Hobbes le arrulló en la oreja que su inteligencia es todopoderosa; que con ella conocería el árbol de la ciencia del bien y del mal, que sería igual a Dios, que ella lo hace dios, que ella es dios, y Dios es un mito. Y el hombre racionalista adoró su cabeza, despreció su corazón, y se quedó sin Dios.

Pero Feuerbach viene a traerle la verdad: lo libera de la terrible cadena lógica del racionalismo, y le enseña que "la voluntad es uno y todo". Así pretende devolverle el corazón para devolverle la capacidad de amar. Y le corta la cabeza, porque no es la cabeza la que ama, sino el corazón: la voluntad es uno y es todo.

A pesar del "uno y todo" querer implica necesidad, y la necesidad es un vacío, es un dolor. Si la voluntad es todo, todo es dolor. La vida entera es dolor y vacío. ¿Cómo entonces la voluntad puede serlo todo? ¡No hombre! La voluntad es una ilusión, no es nada! Y si por voluntad se quiere decir libertad, ¡menos! Stuart Mill dirá que una acción libre es un pecado metafísico. Porque es una acción sin causa. Y siempre es mejor un pecado metafísico, porque así se ahorra al hombre la noción de pecado moral. La voluntad, pues, no es nada. Así queda el hombre libre del fantasma del pecado. Y Freud vendrá a dar una explicación quasi mecánica de los fenómenos que nos parecen libres y espirituales, con lo que el hombre para siempre se sentirá libre de los complejos de inferioridad, engendrados por el sentimiento

de culpabilidad. Y lo libertará también de los mitos espirituales, pues no son más que sublimaciones mecánicas del inconciente. Los escombros de la libertad psicológica y del espíritu son el buen terreno para construir al verdadero hombre: el hombre liberado de las angustias, de los complejos, de la culpabilidad, de los sentimientos de inferioridad; el hombre despreocupado para siempre de un futuro que le pertenezca, porque en realidad el futuro ya está trazado, toda vez que la libertad es una ilusión y las acciones humanas no son más que una cadena de causas y efectos necesarios y predeterminados. Pero entonces, ¿para qué construir nada, si todo está ya construído? Y el hombre liberado perdió la libertad, y se quedó atado de pies y manos por la cuerda del determinismo, sin deseos, triste, sin optimismo ni esperanza.

Contra este atentado se levanta el existencialismo moderno gritando a los cuatro vientos que la libertad es todo, que es la actitud frente a la vida. Que la vida es para vivirla, y no para podrirse en un escritorio buscándole explicaciones. Y el hombre existencial quedó automáticamente sumido en la angustia de su propia limitación y en la negrura de la incógnita de sí mismo.

Todos estos cantores del hombres, estos obreros del mundo antropocéntrico, estos creadores del humanismo ateo, son grandes ladrones... de guantes blancos: han despojado elegantemente al hombre de todo lo que tiene: razón, voluntad, libertad, alma y Dios. Y el hombre no ha sabido defenderse, porque no sospechó que le estaban robando.

III.— BALANCE

3.— Pues bien, estamos ahora echando de menos las viejas supersticiones de la Edad Media. Presentimos que sin fe en algo o en "Alguien", nos metemos en un callejón sin salida. Estamos sintiendo en carne viva que el vacío de la fe no se llena con declamaciones. Hemos experimentado hasta la saciedad que las actitudes satisfechas son superficiales; sólo ocultan una terrible inconformidad y un hambre devoradora. La confesión de nuestra marcha atrás es vergonzosa. Toda reconciliación implica el reconocimiento de un disparate, el aprecio de un valor despreciado. Lo importante es tener valor para dar el paso, y no taimarse por orgullo en una posición insostenible. Eso es infantil. Una pequeña distinción: no estoy pensando en un viraje imposible —e indeseable— de la historia en ciento ochenta grados, para encontrarnos de nuevo con las cotas de malla ni con los viejos castillos almenados. Pero si pienso en el espíritu que pudo crear una edad caballeresca y humana... aun cuando no fuera humanista.

Erasmo es un humanista. Francisco de Asís, no. Pero ¿cuál de los dos es más humano? Pues bien, la síntesis por venir es precisamente la de ambas concepciones armonizadas por un espíritu común. Es algo más que un Erasmo bautizado. Porque Erasmo, aun cuando se le bautice —y era bautizado; lo que significa que su enfermedad no tiene remedio— sigue siendo el humanista opaco y elegante a la vez. Lo que hay en él de asimilable no es ni el ingenio ni la erudición, ni la sátira, ni su influencia conquistadora del ambiente europeo en efervescencia renacentista y reformista; es algo distinto y más profundo: es el hombre moderno. Una nueva actitud ante la vida y las cosas. Una actitud crítica. Erasmo fué un crítico, y eso fué su sátira. Descartes es otro crítico, y es el padre de todos los escépticos y agnósticos. (Aun cuando él no fué ni lo uno ni lo otro). Hay un evidente parentesco espiritual entre Erasmo y Lutero, entre Descartes y Kant. La crítica es una actitud ante las cosas y los valores de las cosas.

El hombre tiene sus edades, y la humanidad también las tiene. Hay una edad crédula, una edad crítica, una edad más madura y serena que superó la crítica y vuelve a una "razonable simplicidad"; son las edades del niño, la edad del bachiller y la edad de los cuarenta años, la plenitud. ¿No ha pasado la historia humana, y

la historia de la civilización por algo parecido a estas edades: la niñez simple, la crítica aguda desde el siglo XVII, y la gestación de la nueva edad por que hoy atravesamos sin ver todavía perspectivas claras?

Al hablar de actitud crítica ante la vida, combinada con la fe medioeval, no me refiero ni a la crítica estilo Kant ni a la crítica estilo Sartre (si crítica puede llamarse la actitud de desprecio a toda crítica). Pero en último análisis, Sartre —aunque reniegue de sus atavismos filosóficos— es el último hijo espiritual de la razón pura. Los valores fundamentales de la vida concebidos como indemostrables y vacíos de valor científico, no pueden terminar sino en un mito. Este es Sartre. La crítica de que hablo es otra cosa. Pero tampoco es un equívoco. Es precisamente la crítica del hombre maduro, traspasada a fenómeno de la humanidad. En las cosas humanas, la suma de los individuos no puede descomponerse en los sumandos. La vida no es ni lógica ni matemática. La crítica de todos los hombres maduros no hace una humanidad crítica al estilo de cada hombre maduro. La suma no es igual a los sumandos. Porque no es una suma. Es un producto vital más complejo que los guarismos.

IV.— HACIA UNA SINTESIS

4.— El hombre moderno es un hombre crítico. ¿Qué significa esto? ¿Es lo mismo que un hombre de análisis? Santo Tomás es un formidable analista (y sobre todo un genial sintetizador), pero es plenamente un medioeval. Nitsche (perdónese el codo a codo con Santo Tomás) no es un analista, pero es un hombre moderno. En mi entender, dos factores integran la actitud moderna: la conciencia de que la vida es muy compleja, y la conciencia de haber perdido la Verdad. El hombre medioeval tuvo un sentido simple de la vida precisamente porque vivió en la posesión tranquila de la Verdad. Como el niño vive tranquilo en el regazo materno. La humanidad creció, le salió pelo, sintió la inquietud de la aventura fuera de la casa paterna, y se alejó de su Madre Verdad con un adiós incomprensivo y con un vago sentimiento de lástima por la pobre Vieja. Quizás hoy comienza a comprender que los consejos de la pobre vieja eran muy sabios y llenos de experiencia de la vida.

La aventura corrida en lo que va del siglo XVI hasta hoy, no carece de interés. Por de pronto, la experiencia de la vida nunca es un conocimiento despreciable. Y desde entonces hasta ahora, la humanidad ha enriquecido trágicamente el acervo de su experiencia. Pero debe reflexionar en ella, reconocer el saldo en contra, levantarse decididamente y tomar el camino que lleva a la casa del Padre. Decididamente, humildemente. Porque la fuerza espiritual sólo se vigoriza en el desnudo de la humildad. El orgullo es la infranqueable barrera que cierra el camino hacia la Verdad. La humanidad pasa por su segunda edad: la de la independencia, la edad del bachiller con la cabeza llena de datos científicos, que desprecia el pasado (su propio padre pertenece al pasado), que cree ciegamente en sí mismo, opina de todo sin entender gran cosa en nada, y pretende reformarlo todo, porque en su opinión, todo lo nuevo es bueno, porque es nuevo; y todo lo pasado es malo, porque es viejo.

5.— La excursión por el lejano país de las aventuras filosóficas ha terminado por dejar al hombre en andrajos. Y andrajos sangrientos.

Los sudamericanos no tenemos conciencia de ello porque hemos presenciado las guerras mundiales desde platea. Acá sólo llegan los noticiarios del cine y los coletazos económicos. La guerra no nos sugiere otra imagen viva que el racionamiento de bencina. A los europeos, les pone los pelos de punta!

Y el clima de estas guerras —singularmente la última— no es el de una pelea de verduleras por un repollo más o menos, o de dos vecinos por una lonja de terreno. Sino que se juegan ideas fundamentales, concepciones ideológicas del hombre, del

mundo, de Dios mismo. Las bombas llevaban una misión trágica que cumplir: hacer prevalecer el mundo racista, o el mundo comunista o el mundo cristiano. Sólo que el mundo cristiano está podrido por parásitos reconocidamente malignos (capitalismo, liberalismo económico, pérdida del sentido de la fraternidad en Cristo...) que lo tienen debilitado y anémico; y por esto las dos guerras han sido un fracaso a pesar de la victoria de las armas (cristianas?)

Y por lo mismo, las guerras pasadas, como las futuras, no son un problema de cañones más o cañones menos; sino un problema de ideas. Un problema de filosofías.

6.—En realidad, un problema de teología. Es un problema cuya solución depende de la idea que se tenga del hombre. Y el hombre real que conocemos, el hombre histórico está en un plano extraño que no puede ser plenamente alumbrado por ninguna filosofía, sino por la Teología. El hombre es un ser teológico, no filosófico. Por esto las filosofías han fracasado rotunda y dramáticamente una detrás de otra cuando han pretendido revelarle al hombre lo que es, en prescindencia de toda teología.

Y esta es ya una experiencia que no debe olvidarse, so pena de matarnos cada vez mejor!

Desde este punto de vista, Santo Tomás construyendo la Suma Teológica es mucho mayor filósofo que Compte rebosando el ateísmo para liquidar mejor el teísmo: porque Augusto Compte expulsa todas las "abstracciones metafísicas" como también "todas las ficciones teológicas", a fin de proclamar y afirmar a la vez "el irrevocable fin del reino de Dios". Y no a la manera del ateo, que se plantea el problema de Dios para concluír por la negativa. La conciencia del ateo puede conocer nuevos sobresaltos. La conciencia del positivista no, porque Dios es un falso problema. Ni siquiera debe plantearse. Gracias al positivismo, "Dios se ha marchado sin dejar ningún problema"...! Señor Compte, si su dios "Humanidad" fuera tan potente como Cristo, para gritarle a Ud. ¡Sal fuera! como Jesucristo a Lázaro, creo que volvería Ud. a caerse muerto al instante, viendo los problemas que nos toca afrontar a los liberados del "teologismo fenecido".

V.— LA CONCIENCIA MODERNA

7.—Estamos cobrando conciencia de que el mundo es cada vez más complicado en vez de ser cada vez más simple. ¡Singular paradoja! ¿No es todo hoy más fácil que antes? La técnica ¿no facilita la vida, no la hace más confortable? Dominamos cada vez mejor la materia, y sin embargo nos sentimos cada vez más dominados por la vida. Cada día descubrimos nuevos mundos de ciencia y de confort; y sin embargo nos sentimos cada vez más inconfortables. Nunca la técnica y el maquinismo facilitó tanto la vida, y nunca la vida se ha hecho más difícil.

Esta conciencia de la complejidad de la vida es una característica del hombre moderno, y le da una actitud que no tenía el hombre medioeval. Este vivía tranquilo con sus cuatro elementos, aire, tierra, fuego y mar; cantaba al hermano sol, bebía el agua sin pensar en los microbios; pisaba la tierra tranquila y plana sin conciencia de estar patas arriba montado en un globo lanzado a vertiginosas velocidades; respiraba el aire puro sin sospechar el poder explosivo de sus átomos. Y ello le daba tranquilidad de espíritu para reflecciones más hondas sobre su destino, sobre su espíritu, sobre su Dios Creador y Redentor. Sin máquinas de escribir, el mundo escribía mejor. Sin aviones que unieran en un día América con Europa, el mundo estaba más unido. Sin empresas constructoras, la piedra se elevó viva y mística en las catedrales. Sin tanto confort, el mundo era más confortable. Sin tantas verdades, la vida era más verdadera.

La conciencia moderna es más compleja: Siente orgullo y satisfacción por el camino andado. Vive en un apego cordial a los bienes materiales, personajes mefis-

tofélicos que le cantan sabrosas promesas... y algo le dan. Tiene fe en un progreso material indefinido. Y por lo mismo ahoga los valores espirituales, que considera como intrusos en el campo de las conquistas materiales, y superados por ésta.

Pero al mismo tiempo lleva un lastre escéptico frente al mismo progreso, al constatar en carne viva que no facilita, sino dificulta y complica día a día la existencia humana. Siente recelo por la misma materia, porque va descubriendo el terrible poder explosivo y mortífero que late en ella (física y moralmente!). La conciencia moderna está amasada de optimismo y pesimismo a la vez; de confianza y recelo; de fe y de escepticismo; de esperanza y de desilusión del mundo antropocéntrico creado por las manos del hombre moderno.

La conciencia compleja del hombre moderno comporta un segundo aspecto de su fisionomía: la sensación de que ha perdido el camino: se siente embarcado en una aventura cuyo desenlace ignora. Presiente, por las experiencias ya habidas (las guerras mundiales, los totalitarismos esclavizadores, el fracaso de las democracias, el agudizamiento de la crisis social, las contradicciones filosóficas...) presiente, digo, que la aventura es trágica. Ello trae consigo la desilusión de las muchas verdades parciales adquiridas (técnica, filosofías, ciencias) y la conciencia de que desconoce lo más urgente; a saber. "La Verdad"; esa verdad que debe dar unidad y sentido a todas las demás pequeñas verdades... y tragedias.

8.— La humanidad marcha hacia una Sociocracia: una unidad social de todos los pueblos. Los medios de comunicación ya han creado un acercamiento material. Los bloques políticos y económicos van ensanchando cada día más su influencia, disminuyendo así los estados independientes o autónomos. El bloque occidental se resiente de una debilidad ideológica muy por debajo de las circunstancias que debe enfrentar. La filosofía atea y antropocéntrica se ha mostrado no sólo ineficaz, sino culpable de la atomización ideológica moderna. La unidad material sin la unidad espiritual de las ideas y de las concepciones del hombre y del mundo, no es más que un paso previo a una nueva y más violenta disgregación del mundo. Con Lutero desapareció la Cristiandad. Y con Marx, la civilización cristiana.

El arquitecto de la Edad Media fué la teología. Es una edad teológica. Y la teología católica se mostró capaz de lo imposible: unir en un cuerpo y en un espíritu aquella masa abigarrada de pueblos racial, histórica y culturalmente tan diversos; darles un sentido, una dirección común, una cultura exquisita (de la que todavía estamos viviendo los americanos) y una larga historia común, cuna de todo el mundo occidental. Eso fué La Cristiandad. La teología fué capaz de asimilar Roma y Grecia. Fué también la creadora del Renacimiento. La Divina Comedia es la transición.

VI.— LA FUNCION TEOLOGICA

9.— Históricamente, pues, la teología se ha mostrado potente. Si urgamos en la razón íntima de su poder, no caeremos en la miopía de atribuirlo sólo a un oportunismo histórico (que quizás para hoy no valga). La misión histórica de la teología está en íntima relación con su carácter esencial. ¿Y cuál es éste? El de salvar la Verdad de los latrocinios heréticos. La historia de la teología es en gran parte la historia de las herejías. No por identificación, sino por oposición.

Aquí es necesaria una observación: las herejías son falsas no por lo que afirman, sino por lo que niegan. Ejemplos: El racionalismo afirma el valor de la inteligencia humana: Cierto; y niega todo otro valor: Falso. El determinismo psicológico afirma la existencia de fuerzas inconscientes que irresponsabilizan muchos actos humanos: Cierto; pero niega la libertad en todos los actos: Falso. El voluntarismo afirma el valor de la voluntad: cierto; pero niega todo otro valor: falso. El comu-

nismo afirma la igualdad de derechos del hombre: cierto. Pero niega la persona humana, fundamento de todo derecho: falso. Y así podríamos seguir indefinidamente. El papel de la teología ha sido el noble y áspero papel de devolver en cada edad lo que las filosofías heréticas le han negado al hombre, al mundo y a Dios. La herejía es un empobrecimiento. La teología es un enriquecimiento. *La "opresión de los dogmas" es la única liberación seria del hombre, despojado en cada siglo por declamadores y demagogos.*

Contra los que robaron el espíritu, la teología devolvió el espíritu al hombre. Y ante los que se escandalizaron de la carne (maniqueos, cátaros, etc.) la teología santificó el sexo. Durante la crisis racionalista, la teología habló del corazón. Y cuando los excesos del voluntarismo, la teología habló de la razón. Y cuando el comunismo chilla contra la propiedad, la teología devuelve a cada cual lo que le pertenece. Y cuando el capitalismo se aferra a la propiedad como a supremo bien, la teología habla del sentido social de los bienes terrenos.

Por esta razón siempre la teología tendrá temibles adversarios, y será siempre incomprendida: cuando se exalta un valor, la vieja teología se pone a hablar de otros valores. Siempre desafina. Pero por eso precisamente, salva. Es el contrapeso de la balanza que devuelve el equilibrio perdido. Es la vieja Madre del mundo, y ve mucho más lejos que sus hijos díscolos.

10.— La teología no es un recuerdo histórico, sino una misión viva y actual. Ayer como hoy está llamada a dar sentido y unidad al mundo. Eso sí, la tarea es hoy mucho más difícil que ayer; porque ayer la teología aparecía como una novedad, y lo nuevo siempre es mejor recibido que lo tradicional. Hoy tiene que imponerse a pesar de los prejuicios. Se la desconoce, se la mira con recelo, con desconfianza, como un anacronismo, como un feudo clerical rancio y trasnochado. Se opina de ella sin conocerla, se la juzga como enemiga del pensamiento filosófico y del progreso. ¡Tal es la fuerza de la ignorancia!

El hecho es que para devolver el sentido a la vida humana, para crear la gran unidad mundial que hoy se avecina, para organizar establemente el nuevo mundo que vislumbramos, es necesaria la vuelta a la teología; devolverle el lugar prominente que le corresponde en los conocimientos humanos, incorporarla a la enseñanza secundaria y universitaria, verla en nuestras librerías y escritorios... y en la vida personal y social de los cristianos... y de los otros (por contagio).

Sólo ella es capaz de "simplificar razonablemente" la "conciencia compleja" del hombre moderno. Es decir, su misión es la de sintetizar la sencillez medioeval con el criticismo moderno. Porque La Verdad plena de que la teología es depositaria hará comprender al hombre el sentido trascendental de su vida; y por lo mismo, le hará jerarquizar los valores poniendo las cosas cada cual en su sitio (orden objetivo dado por la naturaleza, que no puede violarse sin terribles dolores). Sólo así volverá la fe perdida en la materia y el progreso y se reconfortará el ánimo triste y decaído por la desilusión presente. Es la teología el único camino hacia la tercera edad del hombre. Aquella en que el criticismo aventurero y decepcionado se vuelve sereno y constructivo. Porque aprovecha todos los valores humanos, antes perdidos o mutilados, y ahora armonizados por La Verdad. La Teología reconciliará al hombre con Dios, con el mundo y por ende, consigo mismo. Y vuelto el hombre moderno al viejo solar paterno que abandonara en sus años de aventuras locas, podrá cantarle de nuevo al hermano sol. Porque el sol habrá vuelto a calentar al mundo.

KANT Y LENIN

IDEALISMO, MATERIALISMO, SINTESIS TOMISTA

por fr. L. J. Moreau, O. P.

Desde el punto de vista humano, uno de nuestros principales motivos de confianza en el porvenir de la doctrina de Santo Tomás es el hecho de que esta doctrina, en el plano filosófico, estriba en las bases más universales, más firmes, más indiscutibles del pensamiento. Bergson lo confesaba: se trata aquí de la metafísica natural de la mente humana. Ahora bien, el hombre no puede despojarse de su propia naturaleza. Luego estamos ciertos de que, tarde o temprano, después de varios extravíos, la filosofía tendrá que volver a la doctrina tradicional, síntesis de Parménides y de Heráclito, punto medio que domina desde arriba los excesos opuestos del materialismo y del idealismo.

Para un espíritu formado por Santo Tomás, resulta muy interesante el estudio de la obra de Lenín titulada: *"Materialismo y Empiriocriticismo"*. En este libro, el padre de la revolución bolchevique censura las tesis idealistas de algunos filósofos rusos, discípulos de Kant, que se decían también discípulos de Carlos Marx.

Lo curioso del asunto, es que, desde el principio hasta el fin de su obra, Lenín considera la filosofía kantiana como una aliada natural de la religión y de la Iglesia..... en la misma época en que el Papa Pío X denunciaba vigorosamente las infiltraciones subjetivistas en la filosofía y la teología católicas.

"Materialismo y Empiriocriticismo" apareció en 1908, un año o dos antes de la obra del P. Garrigou-Lagrange: *"Dieu"*, tratado de teodicea en que el ilustre profesor refutaba las tesis fundamentales del kantismo, a la luz de los principios de Santo Tomás.

¡Coincidencia significativa! La autoridad suprema y los principales pensadores de la Iglesia católica condenan y refutan el subjetivismo kantiano, en el mismo tiempo en que el gran protagonista del comunismo ateo condena también y refuta este mismo subjetivismo kantiano considerándolo como una doctrina "reaccionaria" y... ¡clerical!

Esta coincidencia da mucho en que pensar. Reflexionando sobre ella, podremos darnos cuenta, de manera más clara, de la situación de la auténtica filosofía cristiana, entre los errores extremos del materialismo y del idealismo, dominando desde arriba estas tesis opuestas e integrando en una síntesis superior todas las partes de verdad que ellas pueden contener.

* * *

Lenín, uno de los más grandes revolucionarios de todos los tiempos, era un hombre de acción extraordinario, un gigante en el campo de la acción, del manejo de las muchedumbres, del influjo sobre los grandes acontecimientos históricos. La condición primordial de tal genialidad en la acción es el sentido agudo de lo real. Este sentido de la realidad, de la objetividad de las cosas, de las exigencias de lo concreto, se opone radicalmente al idealismo, al subjetivismo, que considera al mundo como una creación del Yo. Contra estas construcciones fantásticas, Lenín reacciona enérgicamente, con su temperamento de luchador.

En su fondo, esta reacción es sana. El mundo exterior se impone a nosotros como un dato irrecusable, cuya existencia no se necesita probar: el Yo y el No-Yo, lo interior y lo exterior son datos evidentes de experiencia, de intuición experimental: datos correlativos, doble aspecto de la realidad total. Sin el objeto, sin el mundo exterior, todo el conocimiento humano, toda la actividad humana, toda la vida humana, quedan sin fundamento, sin finalidad. Toda nuestra vida psíquica constituye una refutación permanente del idealismo. Las pasiones humanas — especialmente las

más fundamentales, el amor y el odio — resultan absolutamente inexplicables, absurdas, imposibles sin la existencia real del No-Yo, sin la existencia real de "los otros". No tenemos el derecho, bajo pretexto de afirmar el No-Yo, de negar el Yo: son dos datos irrecusables de la experiencia primordial, datos que se suponen mutuamente: el Yo se caracteriza como oposición al No-Yo, y el No-Yo se caracteriza como oposición al Yo.

La refutación leniniana del idealismo subjetivista es valedera en su brutal energía. Pero en su esfuerzo de reacción contra el idealismo, Lenín pasa los límites de la verdad, y, bajo pretexto de afirmar los objetos materiales, desconoce la existencia y la actividad del sujeto espiritual: en otras palabras, cae en el materialismo.

Según Lenín, la afirmación de las realidades materiales implica necesariamente la negación de lo que no es material. ¡En verdad parece imposible concebir pretensión más arbitraria! La existencia de un orden de realidades no excluye la existencia de otro orden de realidades. La realidad total es infinitamente más amplia y más rica que lo que piensa Lenin. ¿Con qué derecho podemos negar lo que, por definición, transciende los límites de nuestros medios de investigación sensorial?

De hecho, si el hombre no tuviese ninguna posibilidad de conocer, de una manera o de otra, las realidades espirituales, la sola actitud lógica sería no el materialismo sino el agnosticismo. Acerca de lo que no puedo alcanzar de ninguna manera, directa o indirectamente, tengo solamente el derecho de confesar: "Yo no sé". No tengo el derecho de declarar: "*Esto no existe*". Luego, si ninguna experiencia, ningún razonamiento pueden procurarme algún conocimiento de realidades de orden espiritual, no tengo por eso el derecho de negar estas realidades. En tal caso, todo lo que puedo hacer, es considerar estas realidades como puras hipótesis incontrolables. En un terreno completamente desconocido, no tengo el derecho de afirmar ni tampoco de negar.

Por este motivo, el materialismo es evidentemente la más insostenible de las teorías filosóficas. De una parte, afirma que no tenemos ninguna fuente de información fuera de los sentidos; y de otra parte declara dogmáticamente que no existe nada fuera de lo conocible por los sentidos; pero ¿cómo puede formular esta negación categórica acerca de lo que él mismo declara fuera de sus posibilidades de investigación?

* * *

A pesar de la negación materialista, la afirmación de la realidad espiritual se impone a nosotros.

Se impone a nosotros indirectamente. Como Lenín, como todos los materialistas, Santo Tomás admite que la fuente del conocimiento intelectual humano son los sentidos. Admite también que la constitución y el estado del organismo condicionan aquí abajo nuestro pensamiento y nuestros actos de voluntad. La experiencia psicológica impone estas afirmaciones. Pero la misma experiencia psicológica impone, con evidencia al menos igual, el carácter esencialmente inmaterial del pensamiento humano en su actividad propia. La universalidad de nuestros conceptos, la transcendencia de nuestras ideas respecto del tiempo y del espacio, nuestra capacidad de reflexionar sobre nuestra propia vida psicológica, el hecho del libre albedrío, todos estos datos indiscutibles atestiguan la espiritualidad fundamental de nuestro Yo, su independencia radical relativamente al mundo material. La consecuencia lógica de estos datos es la espiritualidad del alma humana; y el corolario de esta espiritualidad es la incorruptibilidad o inmortalidad de esta misma alma, independiente, en su realidad íntima, de la perpetua transformación del universo físico.

Varios argumentos poderosos confirman esta argumentación. Las aspiraciones del corazón humano, de la inteligencia humana, la creencia en la inmortalidad difundida en todas las civilizaciones, (desde

Egipto hasta Méjico y desde China hasta Bretaña), la exigencia moral de sanciones de ultratumba, todos estos datos constituyen pruebas irrefragables de la verdad del espiritualismo y refutaciones definitivas del materialismo.

El materialismo mutila al hombre, no teniendo en cuenta lo mejor, lo más noble de la naturaleza humana. Mejor dicho, aniquila al hombre, reduciéndolo al resultado ciego de fuerzas brutales, asfixiándolo en el calabozo de una condición terrenal sin abertura hacia la eternidad. En tales condiciones ¿cómo hablar de derechos de la persona humana? Si por "doctrina reaccionaria", se entiende una doctrina opuesta al verdadero progreso, al auténtico desarrollo de la persona, debemos decir, en rigor de términos, que el materialismo es **la doctrina reaccionaria por excelencia.**

* * *

En su libro *"Materialismo y Empiriocriticismo"*, Lenín se opone al idealismo de Berkeley y de sus diversos sucesores, en nombre del sentido común y de las Ciencias Naturales. Hemos dicho que, sobre el particular, esta actitud de Lenín es una actitud sana y conforme con la misma doctrina de Santo Tomás, en cuanto se opone al subjetivismo. Para un tomista, puede ser interesante notar también el acuerdo (parcial, es claro) del "leader" marxista con la filosofía tradicional en lo que toca a la cuestión fundamental de la definición de la verdad.

La definición tradicional de la verdad, que utiliza Santo Tomás, es: *"adaequatio rei et intellectus"*: conformidad del entendimiento con la cosa. Según el Doctor Angélico, la verdad existe en el entendimiento humano, por conformidad con la realidad objetiva. No se trata, como en el kantismo, de imponer arbitrariamente a los datos exteriores las *"formas a priori"* de nuestra mente. ¡No! Se trata de conformarnos, en cuanto lo podemos, con lo real. Los juicios fundamentales (o "primeros principios", o "proposiciones inmediatas") que sirven de base a todo el pensamiento humano —principios de identidad, de causalidad, de finalidad...—, no son marcos que imponemos arbitrariamente a la realidad. Son exigencias objetivas de esta misma realidad. Podemos equivocarnos en la aplicación de estos axiomas; no podemos equivocarnos en la formulación de estos axiomas primordiales, porque constituyen la expresión misma de la naturaleza, las exigencias básicas del pensamiento como tal. Esta firmeza de los primeros principios permite la formación de una Metafísica, esto quiere decir el estudio del ser en cuanto ser, la prueba de la existencia de Dios y de las principales verdades que puede alcanzar la filosofía.

Kant no admite esta objetividad del pensamiento humano. No considera el principio de causalidad ("todo lo que acontece tiene causa") como una exigencia objetiva del ser en cuanto tal, sino como una afirmación gratuita, resultado de la estructura de nuestra mente. No niega la realidad del mundo exterior, pero es idealista en el sentido de que considera el saber humano como la aplicación a los datos exteriores de *"formas a priori"* subjetivas. Contra este subjetivismo, muy peligroso para la filosofía tradicional y para la sana teología, la Encíclica *"Humani Generis"*, sin nombrar explícitamente a Kant ni a nadie, puso en guardia a los católicos.

Es verdad, no debemos olvidar el aspecto subjetivo del conocimiento. *"Receptum recipitur ad modum recipientis"*: "lo que se recibe, se recibe según el modo del ser que recibe". Pero el subjetivismo de las *"formas a priori"* de Kant es una doctrina arbitraria, antinatural; supone un divorcio entre el espíritu humano y la naturaleza, olvidando que el espíritu humano también es un ser de la naturaleza. Los principios fundamentales, naturales, del entendimiento humano expresan exigencias de la misma naturaleza y no se deben considerar como marcos artificiales.

Todos estos principios pueden, al menos indirectamente, reducirse al principio de identidad: "lo que es, es; lo que no es,

no es". Negar este axioma, o ponerlo en duda, sería negar la posibilidad misma del pensamiento. Pero el pensamiento se impone, el ser se impone; y todos los subjetivistas a la manera de Kant se encuentran, al fin y al cabo, arrinconados en la contradicción.

¡Hecho paradójico! El ateo Lenín, en la obra ya citada, defiende enérgicamente la existencia de la verdad objetiva contra el subjetivismo del kantista Mach. *"Somos relativistas, declaran Mach, Avenarius y Petzoldt. Somos relativistas, les hacen eco el señor Chernov y varios machistas rusos deseosos de ser marxistas. Sí, señor Chernov y camaradas - machistas, en esto precisamente consiste vuestro error. Pues fundar la teoría del conocimiento sobre el relativismo, es condenarse fatalmente bien al escepticismo absoluto, al agnosticismo y a la sofística, bien al subjetivismo".*

Lo curioso del asunto es que Lenín no parece sospechar que precisamente la afirmación de la verdad objetiva y la afirmación de la causalidad constituyen la refutación definitiva del ateísmo. Si admitimos el carácter objetivo de la verdad, tenemos necesariamente que admitir al Fundamento último de toda verdad, que es Dios. Si admitimos la causalidad, tenemos que admitir la Causa Primera, que es Dios. Para quien admite la objetividad de los principios fundamentales del entendimiento (identidad, causalidad, finalidad), la prueba de la existencia de Dios tal cual la presenta Santo Tomás en la Suma Teologica, se impone con todo rigor.

* * *

De todas estas consideraciones sacaremos una doble conclusión:

1.º) Es interesante oír la confesión de un formidable hombre de acción, ateo y materialista, obligado por la fuerza de la evidencia a profesar verdades básicas de la filosofía tradicional (existencia del mundo exterior, objetividad de la verdad, valor objetivo del principio de causalidad), verdades que constituyen la base del auténtico espiritualismo y de la refutación... del materialismo ateo.

2.º) La doctrina de Santo Tomás nos aparece como una contemplación superior de la realidad, dominando los excesos del idealismo subjetivista, del materialismo y las transacciones del eclecticismo. La conciliación sintética de los diversos puntos de vista, en Santo Tomás, no se hace mediante tales transacciones, sino gracias a la aplicación de los principios básicos del ser y del saber, aplicación que es el fruto de la sabiduría humana, y, prácticamente en último análisis, del don sobrenatural de sabiduría divina.

LENCERIA FINA
BLUSAS Y VESTIDOS
NOVEDADES PARA SEÑORAS
"GABY" M. R.
Huérfanos 931 - Teléfono 32279

BALANCE DE SARTRE

por Miguel Iturrate Acuña, S. I.

Es curioso lo que pasa con Sartre: examinarle y valorizarle equitativamente no es empresa sencilla. Y es que, llevado hasta la cumbre de la fama por sus admiradores, y arrojado hasta el fondo de la ignominia por sus adversarios, ofrece siempre a la visión normal la distorsión que el ángulo acusado imprime a una figura.

Autor teatral, novelista y filósofo, su figura polivalente tienta desde diversas facetas y, como todo cuerpo demasiado rotundo, despierta un secreto deseo de ver si tiene algo adentro.

Novelista de extraña originalidad, empapa al lector en el vaivén y la simultaneidad de diversas escenas, diálogos y situaciones que se entremezclan y suceden ininterrumpidamente, hasta hacerle sentir como algo vivido cuanto su arte literario sutil pliega y repliega. Autor teatral de raro vigor, sobrecoge por la energía que brota de cada personaje que pone en escena. Novela y teatro enredan sus acciones sobre tramas muy simples: una existencia absurda; la angustia de un vivir sin sentido; una libertad sin límites, que es un grito amargo de decepción y, al mismo tiempo, una condenación frente a la vida.

Pero éste es el Sartre literario, cuyo valor —por ahora— no nos preocupa. En el fondo su literatura es una especie de "catecismo en ejemplos" de su doctrina filosófica. Porque Sartre, tras la balumba de su literatura, se nos aparece con la máxima seriedad de un tratadista de filosofía que nos ofrece una "ontología fenomenológica" como la *respuesta* a las grandes preguntas del hombre.

Y aquí terminan las gracias literarias de Sartre. En afán de filosofar, esgrime contra el lector un lenguaje esotérico, abstruso, de complicada y premiosa sintaxis, de interminables períodos que se insinúan tras los repliegues de un virtuosismo dialéctico que agota. En realidad son pocos los que han llegado a leer las 722 páginas de *L'Etre et le Néant*. Es cierto que en filosofía no es elegancia lo que hay de buscar, pero no había para qué exagerar tanto el extremo opuesto.

Este es el Sartre que ahora nos interesa. Después de la exposición sintética de la concepción sartreana del hombre, publicada en la entrega de Octubre de esta misma revista, trataremos de valorizar las conquistas verdaderamente filosóficas que el humanismo sartreano ha realizado para la cultura humana.

EL PUNTO DE PARTIDA

Lo que pretende Sartre es proporcionarnos una doctrina que haga posible la vida humana. Para lograr esta elevada aspiración toma como principio fundamental el de que, en el hombre, la existencia precede a la esencia. Ya hemos visto cómo interpreta Sartre este principio: no hay naturaleza humana que se realice en los hombres que existen; éstos existen primero y luego van realizando su esencia o naturaleza.

Una filosofía que pretende darla la *solución* filosófica a los problemas que la vida plantea al hombre, debe ser una filosofía —más aún si su íntima aspiración es ser concreta— cuyos principios fundamentales estén sólidamente enraizados en la realidad y, al mismo tiempo, sean capaces de responder a las exigencias que la razón tiene frente a cualquier doctrina que se le quiera imponer. Si falta lo primero, tal filosofía no pasará de ser una ficción carente de valor real capaz de dar una solución objetiva al problema real que pretende solventar. Si falta lo segundo, es decir, si no responde a las exigencias lógicas de la razón, esa filosofía no será sino un producto fantástico, capaz de hacer soñar al hombre, pero no de convencerle hasta hacerle, coherentemente, realizar en su vida los principios que su razón satisfecha acepte.

Por esto, las razones que hayan persuadido a Sartre del sentido que da a su principio fundamental, tienen una importancia básica. De ellas depende todo, ya que ellas valorizan el fundamento mismo de su filosofar.

—¿Cuáles son esas razones?

—¿Dónde están?

No podemos, dentro de los márgenes prudenciales de un artículo, ni extendernos cuanto fuera necesario para justipreciar los aportes sartreanos, ni ahondar técnicamente en la armazón de su filosofía para examinar a fondo el valor de sus concepciones fundamentales. Nos vemos obligados, pues, a considerar sólo dos puntos que, a nuestro juicio, son cruciales en la filosofía existencialista de J. P. S. Toda la teoría sartreana del hombre parece tener su apoyo en la concepción del ser con sus dos provincias: el en-sí y el para-sí, y en la concepción particular de la libertad que brota del para-sí.

El punto de partida —al fin y al cabo lo que Sartre quiere es ofrecernos una metafísica concreta— es la intuición, la experiencia vital de un hecho: existo. Esta intuición permite al hombre la aprehensión del ser; pero esta experiencia particular reviste un carácter metafísico sólo en raras ocasiones. Se experimenta en ellas un asco, una repugnancia profunda que hace vivir al hombre la náusea de existir.

El aspecto psicológico de esta intuición fundamental es objeto de una novela: *La Náusea*. Despliega en ella J. P. S. todo su arte, describiendo la experiencia de Roquentin, haciendo que el lector sienta el peso de los momentos que, tal vez, en su propia vida, han sido un reflejo de ese cansancio, de esa angustia que parece aplastarse sobre el protagonista.

La razón de ese asco, de esa náusea, está en que, en esos momentos, se vive la absoluta gratuidad del existir. Existir es estar ahí, sin una razón o principio que explique o justifique el hecho bruto de estar ahí, echado sobre la falta total de fundamento del propio existir.

Lo que distingue al filósofo es, precisamente, la reflexión sobre los hechos de la experiencia, para buscar la explicación última de los fenómenos. Tiene Sartre una experiencia particular: siente náusea, repugnancia frente al vivir y, reflexionando sobre su náusea, afirma que ésta no puede provenir sino de un hecho: el hecho de no tener la realidad misma razón alguna de ser, de no tener más que el fenómeno de existir y nada más. Esto es cuanto la reflexión sobre su experiencia de la náusea ha dado a J. P. S.

¿Y cómo explicar el comienzo de ese existir, el paso del no-estar-ahí al estar-ahí en que consiste la existencia? Y como esta, muchas preguntas surgen frente a la experiencia que Sartre nos describe. Pero a él no le inquietan. ¿Por qué? Simplemente, porque el existir no debe tener razón alguna de ser. De lo contrario no consistiría en ese hecho bruto de estar ahí y nada más.

Cuentan —si es verdad no lo sé— que el avestruz, para terminar con la persecución de los cazadores, esconde la cabeza en un hoyo que hace en la tierra: así suprime a sus perseguidores, porque ya no los ve.

Algo semejante hace Sartre. Esconde su cabeza en el hecho bruto de existir que fabrica, dejando así de ver los problemas todos que ese existir mismo plantea: como, desde el interior del bruto existir que se encasqueta, nada puede ver, le parece evidente que fuera de él nada existe. Por eso todo lo ve absurdo, aun su propio existir.

—Y ¿con qué derecho da Sartre a *esta experiencia suya* un alcance metafísico? ¿Por qué ha de ser, precisamente, *la náusea* lo que nos haga aprehender la íntima naturaleza del ser?

—¿Por qué hemos de aceptar que no hay razones, ni principios, ni causas de nuestro existir?

—¿Sólo porque Sartre siente a veces asco?

La náusea, tal como él la describe, es

su experiencia. Tal vez le baste a él. Pero ¿por qué he de aceptarla yo como experiencia genuina de *mi* existencia? ¿Por qué va a fundarse la solución de *mi problema* del existir en esa experiencia *ajena?* ¿Por qué ha de ser sólo la náusea la que da la experiencia genuina del ser? ¿Acaso la gozosa experiencia de existir que siento a veces tiene menos derecho? ¿Por qué voy a fundamentar la solución de *mi* problema en una experiencia *ajena,* diferente, más todavía, *contraria* a lo que es mi propia experiencia?

Pueda ser que, investigando, llegue a ver razones que me muestren algún error en esa experiencia mía; que me la muestren como una experiencia de valor puramente subjetivo, dando —en cambio— un valor objetivo y transcendental a la experiencia de Sartre.

¿Cuáles son esas razones?

LA DETERMINACION DEL SER

La reflexión filosófica lleva a Sartre a desembocar en la metafísica al examinar hondamente su experiencia. Da a su tratado fundamental un subtítulo: "ontología fenomenológica", que es toda una declaración de principios. *Ontología,* porque pretende ahondar hasta la entraña misma del ser. *Fenomenológica,* porque, aceptando las posiciones de Husserl y de Heidegger, afirma que el ser consiste en la sola objetividad del fenómeno.

Esta actitud supone ya una metafísica que elimina todo posible dualismo fenómeno - nóumeno. Cae también el dualismo acto - potencia, para establecer todo el ser en acto. Arrastra tras de sí el dualismo fenómeno - esencia ya que, según él, el fenómeno no esconde la esencia, sino que *es* la esencia. Discutir cada uno de estos supuestos alargaría enormemente nuestro trabajo; nos contentaremos con hacer constar que, frente a ellos, se reduce Sartre a afirmaciones cuya razón no establece. Afirma y niega una cosa u otra, pero no da prueba alguna que avale realmente sus proposiciones.

Reduce todo el ser al fenómeno; pero hace Sartre profesión de fe anti - idealista, porque afirma que el ser del fenómeno es verdaderamente una apariencia de ser, que el ser del fenómeno es, precisamente, "un fenómeno de ser" que debe ser descrito por la ontología tal como se manifiesta.

Y se manifiesta a la conciencia como ser en el pleno sentido de la palabra, lleno de sí mismo, opaco, macizo, que es lo que es y nada más. *Contingente* es decir, en el lenguaje de Sartre, sin razón de ser, absurdo total, es —al mismo tiempo— *increado,* pues si no tiene razón de ser tampoco tiene causa. La conciencia "no puede derivarlo de *nada,* ni de otro ser, ni de un posible, ni de una ley necesaria. Increado, sin razón de ser, sin relación alguna con otro ser"... (EN. 34).

En una palabra, acerca del ser que se revela a la conciencia, sólo cabe decir que *es,* y nada más. Lleno de sí mismo es *ser - en - sí.*

Examinemos brevemente estas determinaciones que Sartre cree encontrar en el ser que le revela su intuición. Afirma que el ser-en-sí es *contingente,* en otras palabras, sin razón de ser. El ser contingente, si es aquel que no tiene razón de ser, necesariamente es un ser indiferente a existir o no existir. Si este ser, indiferente a existir o no existir, de hecho existe, no puede haber salido por sí mismo de esa indiferencia para determinarse a existir, ya que no existía. Si no pudo salir de la indiferencia por sí mismo, porque no existía, es necesario concluir que salió de su indiferencia porque otro ser lo determinó a existir. Si a pesar de esta conclusión racional, se insistiera en que, de hecho, no le determinó a existir otro ser, resultaría que este ser indiferente a existir o no existir habría salido de su indiferencia por su propia indiferencia: y esto no tiene sentido, porque si tiene alguna determinación en sí mismo, ya no es indiferente, es decir, ya no es contingente, lo cual es contradictorio. Por tanto, hay que admitir que si el ser en-sí es contingente, no tiene en sí mismo su razón de ser, pero sí la tiene en

otro que le hace salir de su indiferencia, determinándolo a existir.

En filosofía recibe el nombre de *causa* aquel ser que influye en el existir de otro: por tanto si el ser-en-sí es contingente, como afirma Sartre, *tiene causa.*

Pero Sartre afirma que el en-sí es *contingente y sin causa,* lo cual es contradictorio y no se ajusta a las exigencias lógicas de la razón. Si no se ajusta a las exigencias lógicas de la razón, la concepción sartreana del en-sí, sirviendo de base a una construcción filosófica, no es más que un sueño fantástico de su autor, y todo el sistema no pasa de ser un castillo construído en el aire. Toda una geometría construída sobre la hipótesis de un círculo cuadrado podría ser un hermoso despliegue de imaginación, pero jamás expresión de una realidad.

Pero hay más. Afirma Sartre que el en-sí es *increado.* Le repugna la idea de una creación ex-nihilo, se rebela contra ella, oportuna e importunamente, en su tratado de ontología fenomenológica. La principal objeción de Sartre a la idea de creación, su principal argumento para probar la no creación del en-sí está en afirmar que la creación ex-nihilo supondría al ser como conocido en la subjetividad divina y mantenido en ella como un ser puramente intrasubjetivo, carente —por tanto— de toda objetividad, ya que la objetividad implica la independencia total del ser respecto de cualquier otro ser. El salto fuera de la subjetividad nada salva, porque al desgajarse asumiría su ser sólo al ponerse en-sí autónomo, independiente, absoluto, sin necesidad de causa para ser.

Esta argumentación es para Sartre la contraprueba de la creación. Piensa él que sus razones destruyen definitivamente la idea de la creación. No nos detendremos a examinar estos conceptos ni las razones que apoyan su realidad metafísica. Bástanos saber que encierra el concepto de creación uno de los más graves problemas de la filosofía, y que esta noción es de una gran complejidad en su proceso evolutivo, hasta llegar a la simplicidad de su formulación doctrinal actual. No se trata de un problema al que bastaría una afirmación cualquiera para eliminarlo, sino que sería necesaria una cuidadosa concatenación de razones tan siquiera para ensombrecerlo. Y las razones de J. P. S., no llegan a esto. Más todavía: ni tocan al problema. Toda su argumentación, la más sólida que nos ofrece, se queda al margen del problema.

Afirma que el ser concebido en la subjetividad divina no podría llegar a ser nada objetivo. ¿Lo prueba? No. ¡Y precisamente, esto es lo único que debiera demostrar!

Afirma que el salto hacia la objetividad haría de este ser un absoluto, sin necesidad de causa alguna. ¿Lo prueba? Tampoco lo demuestra. ¡Y, precisamente, esto es lo que debería demostrar!

Seguir analizando cuanto Sartre imagina en el en-sí es evidenciar contradicciones y afirmaciones gratuitas. Nos dice que ese ser-en-sí no guarda relación alguna con ningún otro ser... Y sin embargo, Sartre habla de él como si le conociera. Si le conoce, ya este conocerlo es una relación del en-sí con el ser que le conoce. ¿Y cómo dice que no puede tener relación alguna? —Si no tiene tal relación, entonces Sartre no le conoce. ¿Y cómo habla de él?— Si el en-sí fuera tal como Sartre lo describe, sería imposible conocerlo y, por tanto, imposible hablar de él. La conclusión es clara: o habla Sartre de lo que no conoce, de lo que no sabe ni puede saber, o inventa un fantástico ser-en-sí para ponerlo como fundamento de todo su filosofar.

En cuanto al para-sí se refiere, no es menos peregrina la noción de J. P. S. Lo concibe como algo que no se puede captar y que no es más que aquello por lo cual hay un ser-en-sí conocido, presente, sin relación a nada. Por ser ésta una relación de presencia de un ser que no tiene relación a nada, concluye Sartre que el para-sí, es decir, la realidad humana, es esa *nada.* El análisis del para-sí le lleva a encontrar ese dualismo que hace posible la transparencia de la conciencia, suponiendo en el mismo una parcela frente a otra, separadas

por la nada. Esta concepción sartreana habla claro a la imaginación, pero no tiene consistencia alguna frente a la razón. Sólo sería posible ese dualismo tal como J. P. S. lo pinta, en una identificación total entre ser y materia. Sólo así podría él llegar a establecer esas dos provincias, separadas entre sí por el abismo de *nada* que finge.

Desde las primeras líneas de *L'Etre et le Néant*, frente a las afirmaciones apodícticas del autor, busca el lector una respuesta a las interrogaciones que surgen a cada paso. Y esa respuesta no se encuentra.

Ha dicho alguien que a Sartre no le preocupan los por qué. Esto sería demasiado decir: sería decir que Sartre no es filósofo. Y yo lo creo también filósofo. Me atrevo a creer que él también ve esas interrogaciones en busca de un por qué, levantándose frente a cada afirmación suya. Lo que hay, a mi juicio, es que su tratado de ontología fenomenológica quiere ser "didáctico". Sartre es un maestro que pretende enseñar al hombre el verdadero sentido de la vida, y por esto, para ayudarnos a comprender sus conquistas filosóficas, parte de aquello que le parece más simple y evidente, para ir luego adentrándonos en la profundidad de su pensar.

Por eso no se le pida, en su punto de partida, razón alguna. La razón aparecerá luego. En cualquier recodo de su pensar nos lanzará a la cabeza su piedra filosofal que haya de transformar en oro el pesado metal que nos entrega. Y entonces, quien tenga cabeza para recibir tal pedrada ¡que la reciba!

Mientras tanto, la doctrina hay que aceptarla así, tal como Sartre la dice. Hemos de aceptar que es mentira cuanto creímos verdad, que es un engaño el caudal de nuestras experiencias. Son sueños, y nada más, las ocurrencias nuestras de que hay muchas cosas oscuras que explicar. Son cuentos de hadas nuestras ideas acerca de que la existencia exige un principio del que provenga... ¿Para qué seguir proponiendo problemas que, según el maestro, no existen?

Lo real, lo verdadero, lo genuinamente propio del hombre es lo que dice Sartre. ¿Por qué? —¡Porque lo dice Sartre!

Declara él que su filosofar es un sano y pleno subjetivismo, porque hace que todo dependa del hombre. Ya hemos visto antes cómo nos cuenta esta historia.

¿Y de qué hombre depende toda la realidad? —Del hombre que tiene la náusea y se abraza a todas las consecuencias que de ella deriva J. P. S. ¿Y los que tienen otra experiencia? ¡Allá ellos! Según Sartre no son hombres auténticamente. Quien no vive la experiencia que él ha tenido, simplemente no vive en el pleno sentido de la palabra. Ni siquiera tiene derecho a decir que existe, porque existir es actuar la carencia total de motivos que es la libertad, tal como la capta Sartre, empapado de angustia y de náusea.

En realidad dice Sartre una gran verdad al afirmar que su doctrina es subjetiva en el más rico sentido de la palabra. Ha dicho él que la auténtica actitud humana es creadora; el hombre va inventando cuanto los profanos llamamos realidad. Por eso Sartre inventa toda su teoría acerca del hombre: inventa la bruta pesadez del en-sí; inventa la enfermedad del ser que es el para-sí; la libertad, punto crucial de su humanismo, la inventa con mucha originalidad... inventa todo, todo lo inventa, hasta hacer de su sistema la más rica invención de su vida.

LA RAZON FUNDAMENTAL

Un análisis sincero de las razones fundamentales que han persuadido a Sartre acerca de la verdad de su interpretación final del hombre no es cosa fácil. Es difícil poder juzgar el valor filosófico de razones que no existen. Apoya todo su filosofar en un magnífico *porque sí*, que brota con la fuerza de una decisión definitiva, con el apoyo que le da su vida entregada a realizar plenamente sus principios.

El valor de J. P. Sartre, más que en las conquistas metafísicas que su precaria ontología fenomenológica le dé, está en sus

actitudes. A pesar de su filosofía, subjetiva, apriorista, contradictoria, absurda, angustiosa para el hombre, Sartre es un éxito. No sólo el éxito de librería con que ve agotarse rápidamente sus obras; no sólo el éxito de aquél a quien todos señalan con el dedo cuando pasa; no sólo el éxito de quien escandaliza con el sobrador "épater le bourgeois" tan francés de nuestros días... Sartre es un éxito, por sobre todo y más que nada, porque aparece como la expresión y el símbolo de una gran parte de los hombres de hoy.

En un momento de sus disquisiciones nos suelta Sartre la razón última y verdadera de sus actitudes frente al problema de la vida. Y esta razón última es la fuerza interior que lo empuja irresistiblemente a inventar ese hombre extraño, mezcla de absoluta libertad y fatal determinismo, que nos quiere hacer pasar como la íntima realidad de nuestro ser. Esta razón última y primera no está en razones filosóficas a las que lleve un serio investigar científico, sino en una actitud profundamente religiosa. Pareciera contradictorio y absurdo hablar de una actitud religiosa en quien, como J. P. Sartre, se declara ateo, firmemente ateo, ateo total, completo hasta llegar a buscar argumentos contra Dios, levantando laboriosamente el barroco tinglado de *l'Etre et le Néant* para justificarse.

Esa actitud positiva de ataque a cuanto pueda significar un reconocimiento y entrega a valores que se apoyen en Dios, lleva a Sartre a buscar todo aquello que necesariamente conduzca a esta afirmación, establecida a fuerza de voluntad y decisión: luego Dios no existe. Más aún: Dios no puede existir.

El mismo declara abiertamente que el existencialismo que propone es una doctrina coherente, porque parte del supuesto de que Dios no existe.

Este es, en el fondo, el verdadero principio fundamental que inspira, articula, da sentido y coherencia a su actitud filosófica. Y él mismo confiesa que, si existiera Dios, fácil sería encontrar la solución de los problemas humanos... Pero no quiere que exista.

No sin cierta ironía alude Sartre a la particular mentalidad de ciertos profesores de 1880, que propagaban una moral laica, sin Dios. Ya lo hizo notar Maritain —y es la pura verdad— Sartre está más cerca de esos profesores, a quienes mira con bastante suficiencia, de lo que él mismo se imagina. La misma apriorista cerrazón dogmática— so pretexto de sólido y firme afincamiento en la realidad concreta— les caracteriza frente al problema del hombre.

Ellos los de 1880, fueron un poco más ingenuos que Sartre. Hablaron con menos complicaciones, ofreciendo al mundo un mesiánico materialismo un poco inocentón. Y Sartre, aunque él diga lo contrario, va de la mano con ellos. Hablaron ellos de materialismo y, por su materialismo, llegaron a decir que Dios no podía existir. Sartre es menos ingenuo; también el quiere que Dios no exista, pero levanta la humareda del en-sí y el para-sí, para decirnos veladamente que sólo admite materia como constitutivo total de la realidad. De ahí que Sartre vea la idea de Dios como contradictoria y absurda.

Cada uno de los párrafos que dedica Sartre al problema de Dios viene a confirmar la idea que su teatro hace surgir: frente a Dios, el Sartre que actúa no es el filósofo, sino el hombre profundamente religioso. Religioso sí, pero religioso al revés. Monstruosamente religioso, como muchos lo son hoy, para entregarse, en un acto de fe que brota desde lo más hondo, a la negación positiva de Dios.

Por esto no son razones de orden filosóficos las que pueden justificar y apoyar el humanismo existencialista de Sartre. Su filosofar no es más que la explicación del contenido formal que ve J. P. S., en su dogma fundamental: Dios no puede existir.

Y ésta es la enorme importancia de Sartre: ser símbolo y figura del ateísmo —mejor decir anti-teísmo— desesperadamente religioso de muchos hombres que viven hoy en el filo de la angustia que las circuns-

tancias de nuestro tiempo despiertan en su corazón.

¿Y por qué no quiere Sartre que exista Dios?

En una conferencia acerca del ateísmo contemporáneo, tiene Maritain unas palabras que nos darán luz para comprender a Sartre. No quiere Sartre razones para convencerse él: él ya está convencido con anterioridad a toda razón: las razones que pueda ofrecer nada le importan, las pone sólo para ilustrar a quien le lea.

"Un hombre no se convierte en ateo absoluto —dice Maritain— como consecuencia de una encuesta acerca del problema de Dios llevada por la razón especulativa. Sin duda algo influyen en él las conclusiones negativas que procuran las formas más radicales de filosofía racionalista o positivista, ni tampoco deja de considerar la vieja y acariciada vulgaridad que pretende que la explicación científica nos ha librado pura y simplemente de la existencia de Dios. Pero todo esto es para él un medio de defensa de segunda mano, no el motivo propulsor y determinante. Ni estos pretendidos argumentos filosóficos, ni ese manido lugar común los somete a examen crítico sino que los da por buenos. Cree en ellos. ¿Y por qué? En virtud de un acto interior de libertad, en cuya producción compromete su personalidad entera. El punto de partida del ateísmo absoluto es en mi opinión un acto fundamental de elección moral, una crucial determinación libre. Si un hombre, en el instante que delibera sobre sí mismo y toma posición respecto de sí y de la total dirección de su propia vida, confunde el tránsito a la edad adulta con el rechazo no sólo de las dependencias de la infancia, sino de toda subordinación; si contempla así el rechazo de toda ley trascendente como un acto de madurez moral y de liberación, y se resuelve a abordar el bien y el mal en una experiencia total y absolutamente libre, volviendo totalmente la espalda al último fin y a toda ley procedente de lo alto, tal determinación moral libre, relacionada con los primeros valores de la existencia, significará que Dios es rechazado por este espíritu de la totalidad de su universo personal de vida y de pensamiento. Por ahí es por donde creo yo que comienza el ateísmo absoluto en las profundidades de la actividad espiritual de un hombre.

Mas. ¿Qué es lo que acabo de describir sino un acto de fe, un acto de fe cabeza abajo, cuyo contenido es, no la adhesión al Dios trascendente, sino un acto de tomar posición contra Dios?".

Y para Sartre, que quiere una independencia total, Dios es una amenaza. Se revuelve contra Dios, no con razones —que no las tiene— sino con actitudes de vida reflejadas, sobre todo, en su teatro. El teatro de Sartre es el escenario en que proyecta él su problema, su problema de desesperada lucha contra Dios, y es su teatro el que refleja fielmente esa porción de hombres desesperados frente a la vida, sufriendo la necesidad de Dios, de ese Dios que les duele con toda la fuerza de su Ser. Es su teatro la parte de su obra en que más abierta y audazmente ha manifestado Sartre el fundamento de toda su actitud filosófica. Pareciera que la representación, que el ver actuando a los fantoches que pone en escena, le diera fuerza y vida para seguir adelante. Y su teatro, cada vez más claramente, va tomando un tinte religioso, sombrío, desesperado tal vez, pero hondamente cruzado por el dolor de Dios que lleva Sartre, puesto a la cabeza de su grey atea.

LA LIBERTAD DEL HOMBRE

No podía dejar Sartre el problema sin llevarlo adelante. Y, aunque su ateísmo radical excluye toda razón de ser, se ve obligado a establecer una razón de todo. Fabrica entonces un dios —así con minúscula— pequeñito y lastimoso, el hombre o, más bien, su libertad, como fundamento de todo, echando sobre la nada que lo constituye la responsabilidad total del universo.

Lanza a la luz su concepción del hombre, injustificado e injustificable, sin causa ni principio, nada, arrojado, como un

hecho inexplicable que ahí está, carente de todo apoyo metafísico que fundamente su ser.

Lo necesitaba libre y dueño absoluto, amo total; tan libre, que está condenado a serlo, obligado a actuar su libertad, obligado a elegir, obligado a ir formándose con sus elegires, libres también, porque no tienen más razón de ser que la nada constitutiva del hombre.

Es una paradoja, pero esta concepción del hombre, del hombre que elige entre sus proyectos posibles, para darse la forma que todavía no tiene, es una expresión meridianamente clara del dualismo acto - potencia del que con tanta decisión abjurara Sartre. Así son las cosas.

Esta libertad que caracteriza al hombre, sólo es libertad plena y actuada, cuando la elección del hombre no tiene otro fin que quererse, elegirse a sí mismo, actuando la carencia total de motivos para obrar.

Surge así el hombre endiosado, creador absoluto de valores, independiente de todo ser, arrastrando hasta el fondo de su nada el universo entero.

Las razones filosóficas tampoco tienen aquí importancia para J. P. S. Su descubrimiento del hombre y de su libertad es un imperativo de su actitud atea. Había que dar al hombre, en cualquier forma, los poderes que Sartre le negaba a Dios. Brota así el hombre creador, independiente frente a los motivos que la humanidad o el universo pudieran imponerle: los motivos no existen, el universo entero y la humanidad misma dependen de su elección. "Estamos en una situación creadora" afirma satisfecho. Y la creación que le parece absurda en las manos de Dios, es una necesidad para ese dios pequeño que ha inventado.

Pero ¿es verdad la carencia total de motivos para obrar? ¿Y la experiencia de cada día que nos hace vivir lo contrario? Experimentamos cómo los motivos solicitan nuestro yo. Y motivos que han de ser valores, independientemente de nuestro obrar, porque si no fueran valores anteriores a nuestra elección, nos dejarían indiferentes, sin solicitar nuestro querer, en la más absoluta inacción.

¿Y es verdad que está el hombre condenado a ser libre? ¿Que no puede no elegir, a pesar de todas las mascaradas de la mala fé? — Es como si nos dijera Sartre que la característica propia del caballo blanco de Napoleón es la de ser negro.

Libre expresa independencia de cualquier vínculo que determine necesariamente la acción del hombre: libre para actuar o no actuar; libre para elegir esto o aquello, una vez que libremente se ha decidido a actuar. *Obligado a ser libre* expresa una contradicción demasiado manifiesta para insistir en ella. Es que puesto a inventar libertad, la libertad de J. P. S. es un monigote que quiere imitar de alguna manera la magnífica realidad de la libertad del hombre. Y monigote que se disfraza de libertad para ocultar el más absoluto y absurdo *determinismo*: *absoluto,* porque el hombre aparece obligado, condenado, sin poder jamás evitar la necesidad de elegir, y *absurdo,* porque aparece obligado a elegir sin tener motivo alguno, por nada, actuando la nada funcional de su ser.

Es que la vida entera del hombre es para para J. P. S. un absurdo. Hemos visto antes, en las páginas publicadas en Octubre, hasta qué honduras de desesperanza lleva Sartre el absurdo del hombre. No podría haber sido de otra manera. Entregado a la sin razón más completa, condenado a marchar sin perspectivas ni horizontes, el hombre sartreano es un aborto monstruoso, sin vida, fruto de una concepción contradictoria y absurda en su génesis misma: fruto de una fe sin Dios, más aún, de un *acto de fe profundamente religioso lanzado contra Dios.*

Y nace ese hombre contrahecho, encadenado a su *libertad,* para el que no existe ninguno de los valores que dignifican la vida del hombre. Encerrado en su libertad, ve derrumbarse las relaciones humanas, mientras se le revela el fondo mismo de su vivir: ¡nada!

PERSPECTIVA

Los puntos que hemos examinado brevemente nos ayudarán a responder a la pregunta de si logra Sartre cuanto pretendía, a saber, proporcionar una doctrina que haga posible la vida humana.

Una doctrina que se presenta con la alta pretensión con que J. P. S. nos adelanta la suya, debe dar una solución satisfactoria a los problemas que la vida misma plantea al hombre, tanto en el orden individual, personal, como en el orden de sus relaciones con los demás.

Hasta ahora, queriendo moverse en un plano de principios ontológicos, sin llegar a las determinaciones y normas de conducta que sus principios implican, nos da J. P. S. el esquema de una vida total y absolutamente deshumanizada. Deshumanizada, porque, pretendiendo darnos una interpretación de la vida que nos lleve a la raíz misma de nuestro ser de hombres, reduce sus apreciaciones sólo a aspectos parciales del vivir, a experiencias particulares que, lejos de ser las experiencias propiamente humanas, logran solamente poner de manifiesto lo menos humano *de un hombre* que vive rodeado de circunstancias concretas diferentes a las de la generalidad de los hombres. Más aún, esas circunstancias particulares de tal modo condicionan el pensar de J. P. S. que, dados los presupuestos en que él se apoya, la obra toda de Sartre se nos ofrece como un magnífico campo de estudio, más que para el filósofo, para el psicoanalista.

Queriendo darnos la más concreta de las filosofías acerca del hombre, construye Sartre la más apriorista de sus novelas. Una filosofía que pretende ser doctrina de vida, debe, en primer término, examinar y explicar la totalidad del vivir y la totalidad de las experiencias humanas. Y Sartre no lo hace. Reduce su investigación a los límites que imponen sus opiniones y creencias prestablecidas y abrazadas, no con fundamentos que legitimen su valor filosófico como expresiones de la realidad, sino por ciegos actos irracionales de una fe monstruosa y contradictoria.

Además de fundamentar sus interpretaciones del hombre en una total carencia de fundamento filosófico real, sus conclusiones envuelven manifiestas contradicciones que es imposible justificar. Podemos comprender que un filósofo llegue a equivocadas conclusiones; pero que sus conclusiones sean evidentemente contradictorias entre sí y contradictorias respecto a los principios mismos en que se apoyan, es algo demasiado, que en filosofía quita todo valor y seriedad a un sistema.

La realidad del hombre permanece ajena y lejos de las sistematizaciones de J. P. S., y sus proyecciones a la vida social permanecen tan ajenas a lo que son en realidad las relaciones humanas, que llegan a parecer un sueño entre otro sueño de pesadilla.

Irrealidad y contradicciones evidentes son el resultado final del balance filosófico del humanismo existencialista de Sartre.

La actitud de J. P. S. frente al hombre se asemeja a la de cierto navegante de que hablaba Chesterton. Quiso viajar hacia lejanas tierras de aventura. Abasteció su nave y, empuñando magníficas cartas de navegación, se lanzó a la conquista de extraños horizontes. Pero —siempre el pero inoportuno— un pequeño error de cálculo le impidió la recta interpretación de sus cartas marinas y, un buen día, tras raudo navegar, arribó a las mismas costas de donde partiera. Desembarcó, pero —como según sus cálculos debiera estar en tierra extraña y lejana— no quiso hacer caso a las voces de sus coterráneos, y trataba de hablarles por señas, para darse a entender de quienes, conforme a sus cálculos, debieran ser antípodas.

Y Sartre es ese navegante de aventura. Sueña con navegar a las playas del verdadero sentido del hombre. Lleva una lógica admirable, una admirable capacidad de análisis de las situaciones concretas que vive, un amplio conocimiento de la filoso-

fía contemporánea... pero un pequeño error de cálculo —partió creyendo contra Dios— le impidió el recto uso de sus cartas de navegación.

Llegó a las playas del hombre, pero su actitud es extraña: piensa que el hombre que ha encontrado es un antípoda del hombre que conocemos, del hombre que somos. Y queriendo interpretarnos, nos ve a través de la soñada realidad que esperaba encontrar. Por eso toda su construcción filosófica no nos refleja cuales somos en realidad, sino tales como en la imaginación de este navegante de aventura se nos sueña.

Es que Sartre, frente al hombre que somos, a propósito de nuestro ser de hombres, inventa el hombre que quería encontrar al cabo de su fenomenológico filosofar.

NOTA.—La Iglesia Católica, guardadora de la verdad y vigilante siempre, para evitar mayores daños a sus hijos, en decreto de 30 de Octubre de 1948, emanado de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, condena e inserta en el Indice de libros prohibidos las *obras completas de Jean Paul Sartre*.

LA BUENA NUEVA

20 MILLIONES

Entero sólo $ 1500 - Vigésimo $ 75

Sorteo de Navidad

POLLA

PSICOLOGIA DEL JOVEN DE LA POSTGUERRA

por A. Hurtado Cruchaga, S. I.

En el primer número de Mensaje publicamos una introducción a este estudio y delimitábamos su campo. Para mejor apreciar las características del joven de postguerra resumíamos las principales reacciones de la generación joven de 1918 a 1939, a fin que sirvieran de punto de comparación.

En el segundo número analizamos lo que significó para Europa y para nosotros la experiencia del dolor de la guerra última y sus consecuencias en el comportamiento intelectual y religioso. Señalaremos ahora lo que dice relación al querer y a su actitud moral, social y cívica.

VELEIDAD

La juventud, por ser juventud, no puede perder la capacidad de querer. La naturaleza la dota siempre de fuerzas renacientes que agonizan al permanecer inactivas. La raíz de su mal está en la falta de motivos claros por los cuales luchar. El escepticismo de la época la debilita, y a esto viene a juntarse la gran incógnita del mañana, más pavorosa hoy que nunca. ¿Qué sobrevivirá? ¿Acaso la humanidad misma no está condenada a desaparecer?

La mayor parte de los jóvenes escogen su sitio en la vida, sin entusiasmo, forzados por la necesidad de hacer algo y ganar su pan. Hemos podido observar con pena a tantos jóvenes que, al terminar sus humanidades, no saben qué hacer y más que escoger una carrera se dejan coger por las circunstancias. Su trabajo o su carrera significa para muchos sólo el medio de subsistir. Su ideal —cuando lo tienen— está en otra parte. Los que luchan por formarse una personalidad fuerte, serena, unificada, son pocos. La veleidad de nuestra generación se debe más bien a un vacío de ideales que a falta de volutad.

Reacciones amargas, desconcertantes de los jóvenes han llevado a algunos a pensar que no tienen corazón, que no saben amar. Aquí también la crítica puede ser superficial: quizás no es corazón lo que falte, sino desengaños los que sobran, cansancio ante tanto fracaso. Se ha abusado demasiado de los jóvenes con llamados sentimentales a la generosidad, que éstos desconfían de tomar todo compromiso y si lo han tomado fácilmente recuperan su don. La vida dura y los hombres engañadores son los responsables de tanto cálculo en la edad del desinterés.

Pero a pesar de tanto cinismo como rodea al joven de hoy, su capacidad de amar está intaxta. Sólo falta una causa grande bien claramente presentada, no sólo como una verdad intelectual, sino sobre todo vivida plenamente por quienes la pregonan y nuestra juventud sería capaz de dejarse matar por ella. Si Cristo viniera hoy a nuestras fábricas y liceos encontraría en ellos quienes lo siguieran con tanto ardor como en la primera generación cristiana. Y si la juventud no se entusiasma más por el ideal cristiano ¿no será porque no ve una acción tan generosa como el ideal que se profesa? Quizás no se pide bastante a los jóvenes porque no se cree en ellos; y ellos no dan bastante porque no encuentran quienes con su ejemplo y su palabra pidan todo lo que quisieran dar.

En todo caso los llamados que en Francia ha hecho la Misión de Francia, la Misión de París, los llamados misionales a las juventudes españolas, belga y holandesa siguen encontrando un eco extraordinario. Las experiencias hechas en Chile entre las jóvenes obreras jocistas demuestran una gran generosidad. En general puede decirse que la capacidad de darse es mucho mayor en las clases trabajadoras que en los medios acomodados.

Más que la iniciativa hay que recomendar a la generación de hoy la perseverancia, el sacrificio y un auténtico inconfor-

mismo. Hay demasiada esclavitud a la moda no sólo en la mujer, sino también en el hombre: conformismo con las lecturas, con los espectáculos, con los bailes, con los juicios de la época. Demasiadas originalidades y demasiado pocos originales de verdadero valer.

LIBERTAD Y SEXO

En un mundo tan complejo y tan confuso como el de hoy resulta difícil a la juventud apreciar en concreto el bien y el mal.

Y si es difícil juzgar no lo es menos actuar. Abundan en nuestra época los médicos, psiquiatras, sociólogos, educadores que restringen la libertad del joven alegando sus taras nerviosas, sus complejos psicopáticos, sus institntos biológicos o las presiones sociales. Una literatura tan abundante como enfermiza describe cuanto puede paralizar la voluntad para obrar.

No creo que jamás se haya escrito libros tan inmorales como los de Jean Paul Sartre, no porque sean más obscenos que otros, sino porque privan totalmente a la voluntad de su capacidad de querer y porque la desligan de toda norma moral.

Recordamos con profunda tristeza el cambio de actitud observado, especialmente en Francia, después de la guerra. La juventud parecía haber perdido todo sentido de pudor, y el ambiente aceptaba con llaneza manifestaciones de erotismo que años atrás habría reprendido con indignación. Igual actitud se observa en países nórdicos, especialmente en Suecia. En Chile, me atrevería a pensar que los peores ejemplos en esta materia no vienen precisamente de la juventud, sino de quienes han pasado esta edad. Nuestra juventud parece conocerse y temerse. Sabe que todo lo juega y no quiere perderlo.

Las relaciones entre los sexos son más simples que antes y en los grupos en que actúan parece reinar un acuerdo tácito de evitar complicaciones. Los peligros son reales. Quienes así actúan esperan prepararse mejor para el matrimonio con el mutuo conocimiento. Los elementos sanos tratan de obviar las dificultades viviendo a fondo el espíritu del equipo y eliminando los incorregibles del flirteo y los que quieren aprovecharse de tales grupos para permanecer uno y una.

HORROR AL DISIMULO

Nuestra época ama la sinceridad. A los cristianos los llama cristianos; a los paganos, paganos; y al ladrón, ladrón.

El número de incrédulos aumenta y disminuye el número de cristianos de pura rutina y conformismo, pero los que tienen fe viven conforme a ella ¿no es ésta una compensación? El cinismo aumenta y disminuyen las medias virtudes, las medias virginidades. Las posiciones ambiguas son cada vez más difícilmente sostenidas. La batalla se va a librar entre las posiciones extremas, entre quienes han escogido su camino.

Este afán de sinceridad entraña un peligro: el de confundir su concepto, que es hambre de absoluto frente al deber y la verdad, con un simple mostrar lo que uno es, con la fidelidad a sus instintos, con un deseo de saborear todas las experiencias, incluso las del pecado. Por despreciar el disimulo, que es hipocresía, se olvida el pudor, que es reserva. Sinceridad para muchos sería seguir sus propias tendencias y renunciar a toda lucha por un ser mejor. La sinceridad así entendida, constituye uno de los temas profundamente peligrosos de nuestra época, como el de "ser de su tiempo", "seguir su generación", etc., que pueden tener un sentido profundamente paralizador de la santidad.

En toda esta tendencia hay una justa reacción contra el frío moralismo kantiano o puritano, pero encierra el peligro de crear un humanismo sin moral. Frente a la fuerza de sus apetitos la juventud debe llegar a ver la fuerza de la gracia, que le mostrará un mejor camino y vigorizará sus energías para emprenderlo. Sin esta visión se hundirá más en su escepticismo

y permanecerá fría y titubeante ante toda acción.

¡SALIR DEL PASO!

Apresurados, superificiales, tratan solamente de salir del paso nuestros jóvenes. Es otra consecuencia de la urgencia y complicación de la vida moderna.

Cuesta mucho obtener de la juventud actual un plan lógico, fórmulas exactas, aplicaciones precisas, frases correctas: en esto no ven más que ornamentación postiza, amplificación retórica. ¡Cómo si aprender a componer, a expresarse, no fuera aprender a pensar!

En su actividad profesional aparecen listos, ágiles para salir del paso, pero contando demasiado con su habilidad. Confían más en la suerte que en el trabajo; en la habilidad, que en la perseverancia; en los "negocios", que en el oficio y en el trabajo profesional. Están impacientes por franquear en algunas semanas las etapas que costaron años a sus antepasados. La cultura quieren adquirirla en píldoras; piden resúmenes breves de todos los grandes problemas y doctrinas, porque no se resignan a ignorarlas, ya que son de sus tiempo, pero no se atreven a afrontar el esfuerzo que supone el digerirlas y criticarlas.

SOLOS. MUY SOLOS

Esta juventud conoce tal vez más que ninguna otra el terrible suplicio de la soledad en la multitud. Obligados a vivir en grandes ciudades se dan cuenta que son en ellas menos que un grano de arena en el desierto, que una gota de agua en el mar. No conocen a casi nadie; su vida no interesa a los demás; sus dolores y sus alegrías son incomunicables. Nunca un joven se siente más sólo que cuando camina apretujado entre una muchedumbre que lo estrecha, pero que lo deja aislado frente a sí mismo, privado de todo amor verdadero.

Este desequilibrio horrible lo sienten los jóvenes mucho antes de saberlo expresar, y adquiere mayor agudeza en la época de la formación del "yo". Este momento requiere, como ningún otro, comprensión afectuosa, respeto, interés por la personalidad que nace. Esta debe reconciliar en sí las exigencias de la vida interior y de la vida social: si no las soluciona la personalidad aborta.

El hombre no aspira a vivir en común (la vida en común hace comunes, decía Nietzche), sino a comulgar con los demás. Las ocasiones de comunión en la vida moderna son cada día menores. En lugar de fraternidad el hombre encuentra oposición en el campo del trabajo, en la política, en lo económico, en lo religioso, en lo internacional, y hasta en lo familiar. La familia tiende a convertirse en un lugar de paso; y no otra cosa significan los modernos departamentos, preparados para dormir y desayunar, pero no para vivir. El hogar americano ha sido definido por un estadounidense, como el sitio donde se cuelga el sombrero. Esta definición, desgraciadamente, cubre un número cada día mayor de familias en el mundo entero. Los centros de interés de la familia se van desplazando más y más fuera del hogar: escuela, teatro, estadio, casino, taller u oficina a la que todos deben concurrir, sin exceptuar, en muchas partes, las mujeres y los niños. Esta tendencia que nos viene de Norte América hace que los niños muy pronto se independicen, ya que dependen de sí mismos, y por eso mismo dejan de ser niños y no se ejerce sobre ellos ninguna influencia. En los países nórdicos es frecuente el caso de la joven llegada a los 16 años que se independiza y vive fuera de su hogar.

La escuela, al menos en las grandes ciudades, tampoco permite comunión espiritual de los niños con sus maestros. La instrucción, desde la primaria a la superior, se da en grandes establecimientos a los que asisten centenares y a veces más de mil alumnos, que se convierten por eso mismo en depósitos de niños, a los que se imparten nociones de las que se les pedirá cuenta de tiempo en tiempo ¿Quién

puede en esas circunstancias educar (=sacar del) alma del niño y desarrollar sus propios valores, los que harán de él una persona original, esto es fiel a sí misma?

Tal vez lo más interesante del libro de Tomás Merton: La montaña de los siete círculos, es el análisis de la educación que él recibió en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, que constituye una terrible requisitoria. El nivel superficial de la existencia es aceptado por todos, especialmente en Norte América. Felizmente no podemos generalizar tanto esta crítica a nuestro país, donde aún quedan escuelas y familias, que luchan por una superación.

En cambio tenemos que hacernos muy solidarios en la crítica que merece nuestra educación oficialmente programada hacia el mero utilitarismo. El hombre no cuenta; lo que importa es que se le enseñen cosas que "sirvan", que "rindan", que lo "preparen para ganar". Los verdaderos valores desinteresados ¿dónde y cuándo se enseñarán?

El concepto de la vida, la jerarquía de valores son aprendidos por la gran mayoría en el cine; desde hace poco en la televisión, en la radio, en el estadio y en revistas que buscan el dinero del menor y excitan su senxualidad. El gran valor contemporáneo es la "popularidad". Sobresalir. Ser astro o estrella o campeón. Felizmente, aún no se ha generalizado en Chile el concepto americano que un colegio o una universidad vale por su team de football, pero desgraciadamente nos acercamos hacia allá. Para las niñas la incitación a la moda y a la superficialidad es catastrófica, con la serie interminable de reinas que excitan su vanidad, las preparan a ser inútiles y orgullosas. Tales concursos de belleza como se están realizando entre nosotros y las revistas que los explotan se echan encima el crimen de hacer abortar una raza. ¡Que pesen su responsabilidad!

La comunión del hombre con Dios, la que más acompaña, la que da al hombre su riqueza interior encuentra toda clase de obstáculos en la vida moderna. Comienza por no enseñar religión la escuela oficial, y si da alguna instrucción, es ésta tan escasa que no influye en la vida. Los programas recargados de nuestra enseñanza utilitarista dan, si no en teoría, en el hecho la preeminencia a todo lo que sirve prácticamente. Esos son los esudios que concentran las energías de los maestros, la estima de los padres y por tanto el aprecio de los alumnos. Desgraciadamente ésta es la actitud incluso de colegios regentados por religiosos, que en esto poco se diferencian de los laicos. Luego, el ambiente todo de nuestra cultura está orientado a la búsqueda del confort y de la riqueza: es la época del hombre. Y encima de estas dificultades viene el ruido, el ruido ensordecedor de nuestras ciudades; la prisa de una vida que nos apremia y nos urge; la dura lucha por el pan... y llegamos a constatar con tristeza que Bloy tenía razón cuando decía que nuestro siglo podía definirse como una época de la cual Dios está ausente: ausente de las fábricas y de los campos, ausente de las leyes y de las letras, ausente de las diversiones, ausente hasta del corazón de sus mismos amigos que parecen tener tan poco interés de entretenerse con El. En este ambiente ¡cómo no va a sentirse sólo, terriblemente sólo, cósmica y metafísicamente sólo el joven que se abre a la vida!

DESINTERES POR LOS MOVIMIENTOS.

La enseñanza de nuestro tiempo no es social; tampoco es social el ambiente de lucha en que vivimos; y menos aun contribuye a formar un ambiente social el fracaso de los grandes movimientos, tan promisores, a cuyo nacimiento y muerte ha asistido nuestra generación. De aquí una desafección creciente entre los jóvenes por participar en movimientos de carácter religioso, social, político, en cuya eficacia no cree.

Es patente el contraste de esta actitud

con la observada por la juventud entre los años 1930 y 1945, años de intensa fe en lo colectivo, años en que Hitler y Mussolini enrolaban una juventud apasionada. Aun los movimientos católicos participaron de ese espíritu de masa: años de grandes congresos, de desfiles tras bosques de banderas, gritos de masa en los coros hablados, gritos que hoy parecen helarse en los labios, como si fueran una provocación y una falta de pudor. Las consignas que gritaban las juventudes en 1940 son bien distintas de las modestas afirmaciones de ahora: parece que los jóvenes comprenden que la transformación del mundo, la de un pueblo, y aun la de un alma es un problema más difícil de lo que habían soñado, y en todo caso no es fruto de la fuerza, sino más bien del amor y de la gracia.

En este desconcierto de los movimientos hay una excepción: las juventudes marxistas que continúan afirmando con igual fuerza sus slogans. aunque no se puede decir que sigan siendo creídos con igual docilidad. Su fe combativa no deja de influir, sin embargo en muchos alejados de su ideología que sienten la seducción de su confianza y de sus técnicas.

Los jóvenes católicos tienen otras certezas más preciosas pero de orden intemporal. Su visión del orden de la gracia y de lo eterno enriquece su alma y serena su espíritu. Su mayor honestidad espiritual no les permite como a los marxistas improvisar soluciones ante problemas que saben sumamente complejos en un mundo en crisis. No aparecen ellos unidos como los comunistas en un bloc de soluciones temporales. Unos adoptan una actitud más teñida de optimismo realizador, mientras otros se dejan influenciar por el pesimismo del ambiente. Parece innegable que puede hacérseles el reproche, tomados en conjunto, que su fe no ha estado a la altura de las soluciones realistas que han escogitado para salvar al mundo de la tremenda crisis presente. Parece que muchos no han comprendido todavía la palabra del Apóstol que una fe sin obras es muerta. Las obras que de ellos se esperan, no son sólo virtudes de alcance personal, sino también de redención social. "En esto conocemos que hemos pasado de la muerte a la vida, si amamos a nuestros hermanos". "El que no ama a su hermano no ha nacido de Dios". Amar a nuestros hermanos en el complejo social actual es empeñarse por realizar el orden nuevo, cuyo "elemento esencial es la redención del proletariado". (Pío XII).

Felizmente no falta entre los jóvenes católicos de hoy, tanto obreros como estudiantes, quienes sientan vivamente los dolores sociales. La perspectiva de reformas de estructuras no les espanta, y muchos las desean aunque su vida haya de ser más dura, con tal que sea más justa. A veces desgraciadamente su inexperiencia no les permite distinguir suficientemente lo que hay de mudable y de estable en la sociedad. Necesitan junto a sí quienes con sinceridad total y con una mayor experiencia y preparación los ayuden a discernir lo eterno y lo caduco, la roca y el musgo de los años. Si los jóvenes no encuentran consejeros numerosos y preparados como quieren los tiempos, sería farisaico descargar sobre ellos críticas acerbas por las exageraciones de su generosidad, cuando las merecerían mayores quienes por su desidia e impreparación han hecho posible tales errores. En todo caso los tiempos más que críticas requieren ánimo, comprensión y caridad.

EL CULTO DE LA AMISTAD

Una salida encuentra el joven contemporáneo: la amistad. La busca con pasión, como calidad de su corazón, y también por la incapacidad de vivir solo.

Con los amigos se vive junto gran parte del día, se recorre el país y se va al extranjero con mucha más frecuencia que antes, en busca de contactos que les permitan conocerse y comprenderse más que por un plan de estudio o de acción. Todo lo hacen juntos y algunos, como los marxistas y los existencialistas, elaboran en

común sus slogans y técnicas de expresión y hasta tienen sus barrios peculiares.

La vieja palabra "comunidad", "vida comunitaria", "trabajo en equipo" suena rejuvenecida en nuestra época, como reacción al espíritu individualista. Hay comunidades de trabajo, de oración, de arte y las hay con miras a la santificación personal.

Entre los jóvenes de vida cristiana el culto del jefe ha pasado al santo, el prestigio de las místicas a la mística de una vida conforme a sus principios. Muchos jóvenes se preparan al matrimonio con la misma pureza que desean encontrar en su compañera. Paradoja notable: en nuestro siglo de tanta corrupción se encuentra, no sólo en España, Irlanda e Italia sino también en Estados Unidos y Francia, como entre nosotros, una juventud jamás igualada en pureza de costumbres y piedad personal.

AVENTUREROS

Nuestra juventud, si bien rechaza el esfuerzo sistemático que lleva al saber, ama cuanto significa rudeza, austeridad, simplicidad, riesgo e inseguridad. Esto acarrea más simpatía que indignación. ¿Cómo van a creer ellos en la seguridad, cuando todas las seguridades que les han sido prometidas han fracasado, tanto en el orden bélico, como en el diplomático y el económico? ¿Cómo podemos pedirles que economicen en la Caja de Ahorros cuando ven la economía deshecha por la inflación y amenazada de muerte por un nuevo conflicto? ¿Cómo les podemos pedir que difieran sus planes matrimoniales, cuando mascan —como ninguna otra generación— la brevedad de la vida? Hay algo de frescura evangélica en la formación de esos jóvenes hogares, que desprecian tantas reglas de prudencia humana. Si la imprudencia lleva al mal, también el exceso de prudencia.

Una de las grandes cualidades de nuestra juventud es su valentía. Gusta de los deportes de esfuerzo. El tennis y los juegos livianos son dejados de lado por el ski, el andinismo, la navegación, la aviación y aun por el trabajo manual en países extranjeros. Cada año Yugoeslavia y otras naciones invitan equipos de estudiantes a visitar la tierra y les ofrecen costear la estadía mediante meses de trabajo en la construcción o en las cosechas, y son miles los que acuden. Gozan de la vida dura y no reclaman comodidades. Hasta a las niñas aconsejan sus líderes de la moda que los jóvenes las prefieren vestidas de sport. Si queréis agradarlos vestiréis sobriamente: no los asustéis por un lujo intempestivo,, o por una originalidad que os destaque demasiado.

¡Cuántas posibilidades ocultas hay en nuestra generación!

CONCLUSION

Y llegamos al término de nuestro ensayo sobre psicología de la juventud de postguerra, ambición tal vez demasiado pretenciosa. Mucho nos alegraríamos si hubiéramos podido arrojar alguna luz sobre el alma de una generación que necesita mucho afecto y comprensión. Tal vez jamás como ahora se ha encontrado una juventud con más obstáculos para abrirse camino y con menos puntales en que apoyarse.

Epocas como la nuestra son desconcertantes para los mediocres que no son capaces de esfuerzo ni de originalidad, pero son estimulantes para los que llevan el apetito de lo mejor. En estos momentos de desequilibrio es cuando la voluntad humana encuentra sus mejores posibilidades de ascensión.

La misión de todos los que rodeamos a la juventud es ayudarlos a formarse una personalidad verdadera, una inteligencia lúcida y firme, hábitos de pensar seguros, amor por la verdad y por el conocimiento de lo que nos han legado siglos de esfuerzo intelectual; voluntades robustas y capaces de seguir hasta el fin, que sepan unir la humildad al valor, la sinceridad a la obediencia, la originalidad a la continui-

dad de una tradición que se funda en la verdad; espíritus llenos, si no de optimismo, al menos de confianza en la misión que Dios les ha encargado, orientados al bien común y que conozcan que además del acto eficaz que significa progreso, también vale la acción humilde y desinteresada cuando la reclama el amor.

Para ayudar a nuestra juventud de nada servirán las represiones amargas, la desconfianza, ni el ambiente de invernadero. Ella, después de tantos descalabros, necesita más bien confianza en las fuerzas del hombre cuando se apoyan en la de Dios.

Una juventud valiente como la nuestra es capaz de volver a oír el llamado de su época, aunque hoy lo rehuye; es capaz de volver a tomar su puesto de responsabilidad colectiva. El mundo de mañana está en germen en la juventud de hoy. Cambiar a los hombres uno a uno es tarea muy difícil; pero la masa es lo que la hacen sus élites. *Paucis humanum vivit genus.*

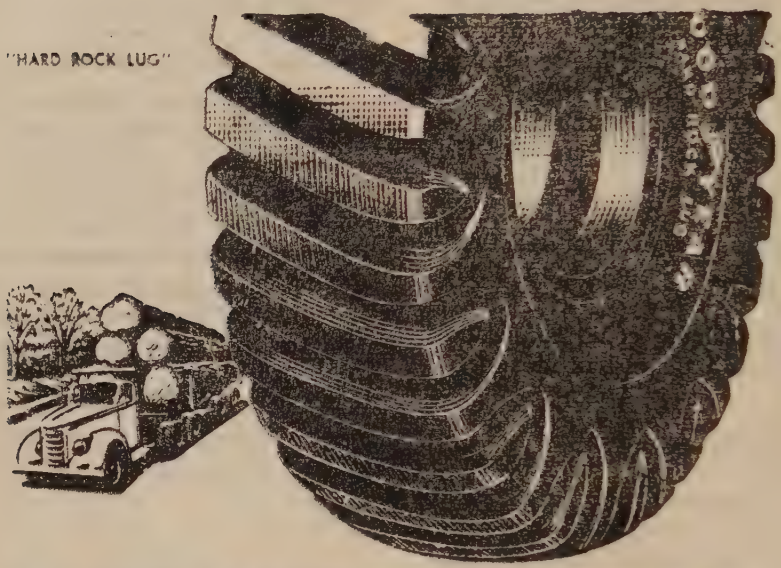
A los jóvenes de nuestro tiempo, enamorados de las cumbres, amigos del esfuerzo, repetimos con profunda simpatía el pensamiento de Agustín, que como ellos tuvo que vivir en una época de transición, en que todos los valores parecían perdidos: "Decís que los tiempos son malos, sed vosotros mejores y los tiempos serán mejores. *Vosotros sois el tiempo.*

ULTIMAS NOVEDADES en artículos
de sport
Poleras
Camisas gabardina
Pantalones de baño Lastex
Schorts
Camisas de Sport
etc., etc.

KERRY

AHUMADA 345 - esq. Pasaje Matte

"HARD ROCK LUG"



Esta llanta triunfa

donde otras fracasan

MIRAD esa masa de barras salientes y sabreis por qué la llanta Goodyear "Hard Rock Lug" es la primera selección en todo el mundo, por su mayor duración y economía en trabajos "matadores de llantas"

MAS TONELADAS SE ACARREAN POR TODO EL MUNDO SOBRE LLANTAS GIGANTES GOODYEAR, QUE SOBRE LAS DE CUALQUIERA OTRA MARCA

LOS PRODUCTOS GOODYEAR son hechos en Argentina, Australia, Brasil, Canadá, Colombia, Cuba, Irlanda, Inglaterra, Indo, México, Perú, Sur-Africa, Suecia, Venezuela y Estados Unidos. Sucursales Distribuidores y Vendedores por todo el mundo.

GOODYEAR LLANTAS

2-49-1

Distribudores "Copec"

EL MATRIMONIO Y LOS HIJOS

por José Aldunate Lyon S. J.

Una versión incorrecta y fragmentaria de una alocución pontificia a la Unión de las Matronas Católicas de Roma, transmitida desde Castel-Gandolfo y publicada en los diarios ha causado desconcierto y confusión en algunos círculos. Se trata de unas advertencias que hizo el Sumo Pontífice sobre el recurso al método llamado de la continencia periódica, en el matrimonio.

Advirtamos ante todo que en estas materias la licitud o ilicitud de ciertas prácticas no depende de la permisión o prohibición de la Iglesia. Tales comportamientos no son ilícitos porque la Iglesia los prohibe, sino la Iglesia los prohibe porque son inmorales, contrarios a la naturaleza y al sentido del matrimonio cristiano. Y aquí no puede haber dispensa. Tales otros procedimientos, en cambio serán en sí mismos conformes a la naturaleza, y la Iglesia no podrá sino admitir esa conformidad.

Respecto al texto pontificio, no habiéndonos llegado aún el originario en italiano, nos hemos servido de dos fuentes de información; las "Noticias Católicas" que ofrecen toda garantía de seguridad, y la "Associated Press" cuyo texto inglés hemos podido compulsar y nos inspira toda confianza en cuanto a su exactitud. Ambas agencias noticiosas se limitan a transmitir un resumen y extractos de la alocución papal, que in extenso alcanza sus nueve mil palabras.

El Papa reafirma ante todo la doctrina común de la moral católica sobre los fines del matrimonio, insistendo sí en un punto que precisaremos luego.

El fin primordial del matrimonio es la procreación y educación de los hijos. La unión matrimonial procura sí el perfeccionamiento y la complementación de dos seres que se unen, pero esta entrega recíproca no será genuina si no tiende a resolverse en el don recíproco del niño que dará a la esposa la maternidad y hará padre al esposo. No se puede distinguir, de la manera como quizo hacerlo Herbert Doms, entre el sentido del matrimonio, que sería el mutuo amor, y el fin que es la prole. El Papa dice que si se excluye positivamente el fin, se peca contra el sentido mismo de la vida conyugal. Se peca contra el amor. Y por aquí han comenzado las disoluciones de tantas uniones que con una donación más total y más sacrificada —y tal vez algún hijo más— se hubieran salvado.

Es falso, dice el Papa en otra parte de su discurso, lo que enseña cierta literatura, "que la felicidad en el matrimonio está en proporción directa con el placer recíproco en las relaciones conyugales" y por tanto la procreación de la vida viene a ser cosa secundaria. Condena el Papa esa literatura malsana sobre la "técnica del amor" que "bajo la pretensión de instruir, dirigir y dar seguridad, describe en detalle todas las intimidades de la vida conyugal" en forma de contribuir al culto del placer ante todo. No desconoce la importancia del elemento fisiológico en la vida conyugal, pero afirma que el verdadero amor ha de basarse "en el mutuo respeto entre la pareja de casados, aun en sus relaciones íntimas".

Hemos de reconocer que hoy día más que nunca se debe insistir en este sentido cristiano del amor.. La educación del amor y de la castidad en la vida conyugal ha de comenzar desde el primer día del matrimonio.

Asentado este fundamento: el fin primero del matrimonio es la procreación de los hijos, el Papa pasa a examinar la moralidad del recurso habitual a la continencia periódica en la vida conyugal aprovechándose de los tiempos agenésicos de la mujer (según el método Ogino-Knaus por ejemplo).

El simple hecho de usar del matrimonio en esos períodos de esterilidad, como en cualquier otro momento, no tiene, dice el

sino es obra de la misma naturaleza. En esto no hay dificultad.

Otra cosa es la restricción voluntaria del uso del matrimonio a aquellos días de esterilidad, la elección voluntaria y sistemática de aquellos días con exclusión de los de fertilidad, precisamente *para no tener hijos*. No condena el Papa globalmente esta actitud, sino que dice que hay que examinarla más atentamente ya que parece implicar a primera vista una disposición contraria al fin primario del matrimonio.

Si se tratara de una restricción *del derecho mismo* al acto conyugal en el contrato matrimonial, de manera que uno o ambos de los esposos, al celebrarse el matrimonio, concediera a la otra parte solamente un derecho limitado, intermitente al acto conyugal, entonces el matrimonio sería inválido. Aquello ni sería matrimonio. La esencia del contrato matrimonial está determinada por la naturaleza y no sujeta al capricho de las partes. Pero éste no suele ser el caso.

Se trata aquí del acuerdo común de *no usar* del derecho sino en los períodos de esterilidad. La restricción está en el uso y no en el derecho.

El objeto de este acuerdo es doble: usar del matrimonio en los períodos de esterilidad y no usar del matrimonio en los períodos de fertilidad. Ahora bien, ni en lo primero ni en lo segundo hay desorden intrínseco. Hemos tratado más arriba del primer aspecto. En cuanto al segundo los casados no tienen necesariamente obligación de usar de sus derechos. La continencia dentro del matrimonio es lícita y puede ser un deber y una virtud, cuando se ejerce por motivos superiores. Examinaremos luego este punto de los motivos.

Queda la *intención* que inspira todo este comportamiento: la de no tener (más) hijos. Para que una decisión sea moralmente buena, no basta que su objeto sea bueno: es necesario que lo sea también la intención. Ahora bien, el Papa nos advierte expresamente:

"El matrimonio obliga a un estado de vida que impone el cumplimiento de una labor positiva que junto con los derechos trae consigo el propio estado"; así el matrimonio que da a los esposos el derecho de satisfacer sus inclinaciones naturales, les impone al mismo tiempo la función de proveer a la conservación de la especie humana. (N. C.).

Y concluye: "Por lo tanto, el abrazar el estado matrimonial, el usar continuamente de la facultad propia de él y sólo en él permitido y, por otra parte, sin un grave motivo, el eludir siempre deliberadamente su deber primordial, equivaldría a pecar contra el sentido mismo de la vida conyugal". (A. P., conforme al original).

Notemos que esta obligación de procrear nueva vida y formar nuevos hijos de Dios recae sobre el estado matrimonial en su conjunto; por esto un matrimonio determinado puede verse dispensado de esta obligación - diríamos mejor, privado de esta gloria y este privilegio; pero solamente en virtud de un motivo grave y superior que justifique positivamente esta excepción.

El abrazar el estado matrimonial usando continuamente de sus derechos y el evitar siempre y deliberadamente (notemos los términos que usa el Papa) el deber de la paternidad y maternidad, sólo se justifica si hay motivos graves.

Todo esto, evidentemente en el supuesto de que estamos hablando, de que se recurre a medios en sí lícitos, como el método Ogino-Knaus; porque no hay motivo que valga para justificar los medios intrínsecamente malos que desnaturalizan o desvirtúan positivamente el acto conyugal.

Prácticamente, pues, todo se reduce a examinar la legitimidad de los motivos.

Hay motivos dolorosos, angustiosos que enumeraba en términos conmovidos Pío XI en Casti Connubii y que desgarran a veces el corazón del pastor de almas que en el ejercicio de su ministerio de misericordia debe a veces oponerles las severas exigencias de la moral. Peligro para la vida o para la salud de la madre en caso de nuevo embarazo; probabilidad o certeza

moral de que los hijos nacerán tarados física o psíquicamente, o contagiados por enfermedades de los padres; imposibilidad material de criar los hijos por razones económicas. Puede haber también imposibilidad moral de educar convenientemente a los hijos, sobre todo espiritualmente, sea por su número, sea por una situación particular de la familia.

Estos motivos se relacionan con el fin primario del matrimonio que son los hijos y legitiman el deseo de evitar o al menos retardar una concepción. Para esto la moral católica ofrece ante todo el medio de la continencia absoluta. Se la podrá juzgar heroica, pero no se puede afirmar que sea imposible en una vida verdaderamente cristiana de parte de ambos cónyuges: Casti Connubii nos lo recuerda y solamente la herejía protestante o jansenista ha sostenido lo contrario. Hay situaciones en que el heroismo es obligación. Es el caso por ejemplo de los mártires.

La continencia periódica sería otro medio, un medio subsidiario, más condescendiente con la debilidad de la naturaleza, aunque menos segura. Aquellos motivos justificarían el recurso a este medio de parte de los que no se animaran a una continencia absoluta.

Motivos válidos no son el egoismo, la libertad para una vida mundana y disipada, el temor exagerado e irracional a los sacrificios que significan la familia. Buscar estos fines será siempre pecado al menos venial, cuánto más tratándose de una actividad, cuyo sentido mismo es donación y sacrificio. Añadamos que fácilmente puede haber aquí conculcación del derecho del otro cónyuge que no consiente libremente a tal limitación.

El P. Brouillard se pregunta en *Etudes* si sería lícito limitar el número de hijos con el fin de darles una educación y dejarles una situación económica tal que puedan mantenerse en el rango social de sus padres y aun ascender a una posición más holgada. Sin condenar este motivo — en sí no es reprensible— responde que es contrario a la perfección cristiana, al ideal cristiano del matrimonio.

Y esto nos lleva al terreno en que el Papa quiere precisamente que nos situemos: el de la perfección cristiana y del ideal cristiano del matrimonio. Ya no se trata de medir hasta dónde llega el deber estricto que obliga sub gravi: sabemos que el recurso al ritmo periódico no es en sí intrínsecamente malo. Se trata de tender positivamente a la perfección cristiana en el matrimonio. Entonces habrá plena garantía de que solamente motivos serios inspirarán el uso de los períodos de esterilidad. En cambio el que no aspira continuamente a la perfección muy difícilmente se conservará en el plano mínimo en que se propone situarse.

¿Cuál es el ideal cristiano de la familia? No está necesariamente ligado con la familia numerosa. La Iglesia insiste en la educación de los hijos. La procreación inconsiderada, instintiva, casi animal que se despreocupa de la educación y de la suerte futura de una familia demasiado numerosa, como se observa en esferas social y culturalmente atrasadas, obedece precisamente a la falta de un ideal de perfección cristiana. Los alarmistas preocupados con la super-población futura del globo harían mejor en difundir la cultura y la religión que en propagar los métodos anti-concepcionales que degradan positivamente la unión conyugal. El eugenismo cristiano aplaude una dominación más completa del espíritu y todo lo que puede asegurar la "cualidad" sin olvidarse que cierta "cantidad" es normalmente una condición necesaria y eficaz.

Dicho esto, hemos de admitir que la Iglesia se ha inclinado constante y decididamente a favor de la familia numerosa. La familia cristiana y numerosa hace crecer la Iglesia en este mundo y multiplica los elegidos en el cielo. Si el catolicismo avanza en muchos países del mundo, como en el Canadá, Holanda, Estados Unidos, Australia y varios países de misiones es debido más que nada al aumento vegetativo de una ferviente población católica. Los

padres se santifican en la abnegada y dura tarea de la educación de los hijos. Y esta educación resulta más sencilla, más austera, más completa y adaptada a la vida. En las familias numerosas se reclutan más fácilmente vocaciones sacerdotales y religiosas.

Las condiciones económicas y sociales de la vida moderna son contrarias no solamente a la familia numerosa sino a la familia misma. Algunos llegan a considerar el birth-control y los medios anti-concepcionales que utiliza como un mal necesario, como algo impuesto por leyes sociológicas o económicas tan ineludibles como las leyes físicas. Este determinismo sociológico es falso y constituye un error teológico y una blasfemia contra la Providencia Divina. Las condiciones económico-sociales que se oponen al cumplimiento de las obligaciones familiares se deben a los errores y pecados de los hombres. Y se impone a todos un grave deber de conciencia de corregir aquellos errores y reparar aquellos pecados. Todos debemos contribuir en la medida de nuestras posibilidades para recrear las condiciones favorables a un pleno cristianismo familiar. Los mismos padres de familia han de sacudir su inacción. En algunos países, en vez de lamentarse inútilmente, se han asociado para hacer valer sus derechos ante el gobierno del país. La Alianza de Campesinos de Bélgica y la Unión Nacional de Asociaciones Familiares de Francia constituyen una fuerza que representa ante la nación los intereses genuinos del pueblo o de la masa de consumidores, los intereses de la familia y por tanto el porvenir de la nación.

Agradezcamos al Sumo Pontífice sus palabras de advertencia con que nos previene contra el contagio de un ambiente que antepone el egoísmo del bienestar material al don maravilloso que llama a la vida nuevos retoños en la tierra, futuros ciudadanos del cielo.

"En el correr de los años, esta guerra que se hace a la Iglesia resulta de una ineficacia impresionante. Los ataques son como tirar piedrecillas al mar. Causan, sin duda, algunas ondas sobre la superficie de las aguas; pero, en el fondo, el mar permanece imperturbable. Y aún los efectos superficiales son efímeros. La Iglesia ha tenido que soportar numerosas embestidas; pero, como el Peñón de Gibraltar, recibe inconmovible el furioso batir de las olas sobre sus flancos rocosos. Ha logrado atravesar la turbulencia, fuera de la ley, que siguió a la desintegración de la civilización romana; el período de la Edad Media, cuando le correspondió mantener en alto —fuera del alcance de la ignorancia y de la barbarie— la antorcha del saber; la época desalentadora en que los varones feudales abusaban de los débiles y los humildes. Y esa misma Iglesia es la que ha visto levantarse y caer a los imperios; ha visto prosperar y luego perderse en las sombras de la nada a las dinastías; y, hoy, de entre todas las instituciones que en otro tiempo florecieron, sólo ella permanece, con la solidez del granito de las montañas eternas".

Del discurso del Excmo. señor Claude G. Bowers al recibir el Doctorado honoris causa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pont. Universidad Católica de Chile.

"La Cultura por la Cultura"..... y la falta de informaciones

"La Cultura por la Cultura" es el nuevo lema de la revista "Occidente", cuyo director, también nuevo, es el señor Enrique Arriagada Saldías. No deja, por eso, de asomar claramente en ella otra tendencia, afín con la que llevó a autodenominarse "Lucha por la Cultura, Kulturkampf", a lo que no era sino una vulgar persecución anticatólica.

La revista ordinariamente trae diversos artículos (y, con frecuencia, de bastante alta calidad, dentro de su género) libres de esa tendencia sectaria. Pero siempre hay, junto con ellos, otros que sí la contienen (por lo menos embozadamente, según esa oculta y despistadora modalidad preferida por la Masonería, que gusta de ser tenida simplemente por "sociedad filantrópica y cultural").

A veces, eso sí, el embozo cae, y... aparecen artículos como uno publicado por el señor Arriegada Saldías en el número acabado de salir, correspondiente a Octubre.

EN PLENO SIGLO XX

Se trata de algo de tal categoría que obliga a insistir en que ha sido escrito ahora último, en 1951. Porque a cualquier lector más o menos culto le parecerá a primera vista que hay una equivocación de fecha en aludir a eso en esta sección de "Signos del Tiempo" (del tiempo actual, es claro): tan de otra época son los tópicos de ese artículo, tan característicos de otro tiempo, ya lejano, muy ido, incluso para quienes atacan ahora a la Iglesia (por lo menos, en centros de algún valor cultural).

Pero no. No se ha ido del todo ese añejo conjunto de infundios a lo Draper. Destruídos por la crítica seria y desaparecidos del campo científico, han quedado por ahí enquistados en obscuros repliegues; y a veces logran reaparecer a plena luz, tan campantes, donde y cuando menos podía esperarse. Y lo más curioso es que reaparezcan sin darse cuenta cabal de dónde están, sin sospechar cuánto tiempo ha transcurrido, creyéndose aún ahora enteramente al día, la última palabra (y última palabra "de la Ciencia"), tal como en esos libros que los apadrinaron en el siglo pasado.

Basta mirar el artículo del señor Arriagada Saldías. Ahí está todo el viejo y mellado arsenal de los "Monsieur Homais" clásicos entonces: el proceso de Galileo, el absolutismo y obscurantismo de la Iglesia, la San Bartolomé, Torquemada, la Inquisición, el Syllabus (o su equivalente), tardanza en aceptar la independencia americana, Galileo de nuevo... ¿Qué cosa faltó? ¡Sólo se echa de menos a la Papisa Juana y a Alejandro VI...! Pero no hay que desconfiar del señor Arriagada Saldías: los debe de haber dejado reservados para otro artículo "cultural", tan "de actualidad" como el de ahora... Omisión disculpable, por lo demás, si se atiende a que, en cambio, añadió de su cosecha un par de toque "Siglo XX": Mussolini y Franco... (Le faltó agregar a Hitler y a Stalin; pero quizás alcanzó a hacerse cargo de que ponerlos a cuenta de la Iglesia ya habría sido contar demasiado con la ingenuidad de sus lectores).

Lo que así hizo surgir a la superficie todas esas anacrónicas especies, fueron las eruditas y luminosas expresiones ("de gran profundidad", hubo de reconocer el propio señor Arriagada S.), pronunciadas en alabanza de la Iglesia por el Embaja-

dor de los Estados Unidos Excmo. señor Claude G. Bowers, al recibir el Doctorado honoris causa que hace poco le confirió la Universidad Católica de Santiago. Ante ese homenaje a la Iglesia, el señor Arriagada reaccionó, extrañado e indignado.

SAN ROBERTO BELLARMINO Y LA DEMOCRACIA

En primer lugar, disgustó al señor Arriagada S., en ese discurso, el que reconociera la raigambre católica de los ideales democráticos. Los fundamentos de ellos, había recordado el señor Bowers, se hallan "muchos siglos antes que Tomás Jefferson los condensara en el Preámbulo a la Declaración de la Independencia americana", puesto que "el origen del concepto democrático de la sociedad humana se encuentra en las enseñanzas admirables de Cristo", ya que "la verdadera base para la igualdad política que denominamos democracia" está en "la igualdad espiritual de todos los seres humanos enseñada por Cristo", igualdad "ante la vista de Dios", Padre común de todos.

Más aún, agregó (y aquí viene lo peor para el señor Arriagada), la misma aplicación de esas verdades espirituales a las conclusiones que constituyen el ideal democrático en la sociedad civil, se halla expresada "con una claridad aún mayor que la que se observa en los trabajos de los filósofos ingleses", y bastante antes que en ellos, "en las obras de ese gran prelado y filósofo de siglo XVI, el Cardenal Bellarmino". Y el señor Bowers insinuaba que desde las obras de San Roberto Bellarmino pasaron dichas ideas a Jefferson directamente, y no sólo a través de Locke.

Como está bien claro, el señor Embajador se refiere nítidamente a la democracia, no en la Iglesia misma, sino *en la sociedad civil*, a la igualdad política como ideal democrático admitido en ella, y, como a punto primordial y decisivo respecto a lo demás, a la concepción de que, en la misma sociedad civil, la autoridad política no pertenece a nadie por ser él quien es ni por una inmediata y personal designación o consagración divina, sino que tiene su origen inmediato por libre transmisión o consentimiento de los mismos miembros de dicha sociedad civil ("derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados", es la afirmación contenida en el "Preámbulo" al que se refería expresamente el señor Bowers).

Todo eso, como doctrina enseñada expresamente en las obras de Bellarmino, lo afirmó el señor Embajador con su autoridad de hombre de estudio, que ha examinado lo que va a decir y que no afirma sino lo que le consta ser verdad; y especialmente en este caso, con todo el respaldo científico que le daba su calidad de historiador competentísimo de Jefferson. Por lo demás, en cuanto a lo esencial, es decir a la posición antiabsolutista de Bellarmino, en pro del origen inmediato popular de la autoridad política de cada gobierno civil concreto, sea el que sea, (en formas diversas, según los casos) y total y decididamente contraria al "derecho divino de los reyes" sostenido por los legistas cortesanos y particularmente entonces por Jacobo I de Inglaterra en persona, es cosa bien sabida y hasta elemental para cualquiera que haya leído algo, aun muy sumario, acerca de la polémica interesantísima, y bien sabrosa a ratos, que sostuvo el Cardenal contra el Rey (dos obras por lado, además de una carta inicial de Bellarmino, que, junto con dos Breves papales, la provocó).

EL SEÑOR ARRIAGADA S. NO LO CREE

Para el señor Arriagada Saldías, sin embargo, todo eso resulta muy extraño. Primera vez que lo oye o lee. Ni tenía noticias de tal polémica ni de tales libros de Bellarmino. Y la única obra que menciona en su artículo (aunque con una traducción del título que no acredita de latinista a quien la haya hecho...), tampoco puede

serle personalmente conocida, porque también en ella está expresa la misma doctrina, en todo el capítulo VI del libro III y en otros pasajes menores. (Las obras especiales de la polémica contra Jacobo I son sus veinte años posteriores a las "Controversias", que es la única mencionada por el señor Arriagada. Esto, si se toman las verdaderas fechas de publicación de las "Controversias": porque ahí la erudición del señor Arriagada proporciona datos algo curiosos: da por terminada esa publicación en 1583, o sea... tres años antes de haber comenzado... pues el primer volumen sólo apareció en 1586).

Todo eso es desconocido para el señor Arriagada Saldías: "nos llama profundamente la atención, declara muy serio en su artículo, que el señor Bowers sostenga" tales cosas (tan sabidas y tan patentes, sin embargo, en las obras de Bellarmino...). Si no se tratara de todo un diplomático y de un discurso académico, es muy probable que habría sospechado que lo hacían víctima de una broma de mal gusto: ¡miren que ocurrírsele a nadie atribuír ideas democráticas a ese "absolutista" de Bellarmino! (porque eso de que ha de ser necesariamente absolutista es, para el señor Arriagada S., un "dogma", como él denomina ciertas cosas harto menos inconcusas para nosotros que ésa para él).

Y como quiere contestar algo en pro de su "dogma", y no tiene datos directos a mano, se enreda en consideraciones a priori, basadas en un caso enteramente diverso (y que Bellarmino mismo contrapone expresamente al otro de que se trataba), es decir, basadas en lo que Bellarmino, y todo católico, admite para la sociedad religiosa (no, civil), de institución positiva (no, natural) que es la Iglesia. Todo esto, eso sí, no según como lo admite el propio Bellarmino, sino según como lo entiende (o, mejor dicho, como no lo entiende) el señor Arriagada. Y ahí es donde al pobre crítico se le forma una confusión inextricable entre defender el Papado, haber sido Arzobispo de Capua, escribir las "Controversias", tener, en buenas cuentas, convicciones católicas, y... lo único de que se trataba, lo que había afirmado el señor Bowers y que tan mal cayó al señor Arriagada Saldías: que Bellarmino sostiene y explana con toda claridad en escritos suyos la concepción democrática, el origen inmediato popular de la autoridad, *en la sociedad civil*. De esto se trataba, ni más, ni menos.

PERO BASTA LEER A BELLARMINO

¿Por qué, si pretendía rectificar esa afirmación concreta acerca de las obras de Bellarmino, se ha dejado llevar el crítico a dar palos de ciego, suponiendo apriorísticamente, a base de pintorescos prejuicios, en vez de hacer lo único que corresponde en tales casos: ir a revisar las obras de que se trata? ¿Y eso, que es elemental, no resultaba mucho más necesario aún en quien, tres páginas más allá, iba a declamar solemnemente, a propósito de Galileo, acerca de la verdad científica y sus métodos positivos, y en contra del "intransigente criterio" y del "obscurantismo" de no aceptar los hechos como son? Si hubiera seguido el buen sistema, la comprobación ocular de los textos, se habría evitado, él, tan "antidogmático", estar dogmatizando a priori y declarando imposible e inadmisible... algo que es un hecho comprobado, un hecho experimental de librería, patente para todo el que sepa y quiera leer.

Porque basta abrir las obras de Bellarmino para encontrarse, entre otras que no caben en este simple comentario, con afirmaciones expresas de que la autoridad civil, si se atiende sólo a su origen primero divino, con anterioridad a cualquiera determinación histórica humana, o sea "inmediatamente, está como en su sujeto, en toda la multitud"; y da como razón de eso el que Dios, autor de la naturaleza humana y, por lo tanto, de la sociedad a la que por sí misma está orientada y de la autoridad necesaria en ésta, "no dió a ningún hombre particular esa autoridad; luego la

dejó en la multitud misma. Y además, prescindiendo de lo que se establezca positivamente, no hay razón alguna prevalente para que, entre la multitud de iguales, domine a los otros uno cualquiera de ellos". Y por eso "cada una de las formas particulares de gobierno" no está determinada "por derecho natural", sino que todas necesitan una aplicación concreta de origen humano, "puesto que depende del consentimiento de la multitud el establecer sobre sí un rey, o cónsules, u otros magistrados, como es evidente; y, si hay causa legítima, puede la multitud cambiar el reino en aristocracia o democracia, o al revés, como leemos haberse hecho en Roma" (*Opera omnia,* ed. 1870-74, v. 3, p. 11). Aun frente a cierta objeción de Jacobo I, que presentaba como opuesto el caso de Saúl elegido rey de Israel debido a que, echadas las suertes, recayeron en él, Bellarmino insiste, incluso para ese caso, en su doctrina de siempre: "aunque haya sido elegido según la suerte, dice, no fué sin embargo elegido inmediatamente por Dios, sino por el consentimiento de los hombres". (*Op. cit.,* v. 12, p. 185).

Según Bellarmino, al elegir un régimen determinado, "los pueblos pueden libremente decidirse o por la creación de un Magistrado con autoridad limitada y para un cierto tiempo, o por la constitución de un Rey con autoridad total y perpetua, al que la comunidad transmita toda su autoridad" (*ib.*). Pero al mismo Bellarmino le parece preferible que no haya sucesión hereditaria, sino que, a todos los cargos públicos incluso el supremo, "sean elevados los mejores de entre todo el pueblo, sean quienes fueren", con lo cual aun en la monarquía "tendría su cierto lugar la democracia", con gran ventaja por esa "posibilidad para todos de participar" en el gobierno, ya que "no se daría al nacimiento, sino a la excelencia personal" (*Op. cit.,* v. 1, p. 468).

¿Qué otra cosa más clara pudo decir Bellarmino, para dejar desmentidas de antemano las negaciones lanzadas ahora por el señor Arriagada Saldías? Aunque parezca imposible, tiene algo todavía más directo contra su actual impugnador: denunció en Jacobo I el haber incurrido en cierta confusión que, casualmente, es la misma en que ha caído el señor Arriagada ahora, al intentar resolver a priori, prescindiendo de los textos, la cuestión de hecho de que trataba. Es decir, Bellarmino mostró al Rey lo infundado de pretender parangonar el caso de la autoridad política en la sociedad civil, de origen natural, con el caso de la autoridad eclesiástica, propia de esa sociedad de origen positivo que es la Iglesia. El Rey se había admirado de que el Cardenal hubiera dicho cosas opuestas para la una y la otra, y creía hallar ahí una contradicción; a lo que Bellarmino replicó: "Me admiro de su admiración: no son cosas contrarias" ésas que le parecen tales, porque "¿qué contradicción puede darse, pregunto, cuando se trata de personas y situaciones diversísimas?" (*Op. cit.,* v. 12, p. 186).

Precisamente esa diversidad fundamental entre la Iglesia y la sociedad civil en cuanto al origen inmediato de la autoridad de sus gobernantes, era uno de los puntos en que Bellarmino había insistido más, con el fin de aclarar todavía mejor, mediante el contraste, su concepción de la segunda. Véase, como ejemplo, este texto, entre varios similares: "Muy diversa es la condición de la sociedad civil y la de la religiosa que es la Iglesia; porque en la primera comienzan todos los hombres siendo naturalmente libres de sujeción a alguno, y por tanto es el pueblo mismo quien tiene inmediatamente la autoridad política, mientras no la haya transmitido a un gobernante particular. La Iglesia, en cambio, nunca ha tenido esa situación, puesto que junto con ella comenzó también su rey y pastor, ya que al mismo tiempo que la instituía, Cristo le dió a Pedro por cabeza" (*Op. cit.,* v. 2, p. 426; véase otro tanto en v. 3, p. 11; v. 8, p. 77; v. 12, p. 186).

Así pues, no sólo resultan falsas, abiertamente contrarias a los documentos, las conclusiones presentadas por el señor Arriagada Saldías; no sólo no hay lugar

para sus deducciones a priori, en un asunto de hecho sobre el cual hay textos explícitos; no sólo, al hacerlas, incurrió en una confusión de casos muy diversos; sino que además se trata de una confusión denunciada ya por el mismo Bellarmino, de seguir un procedimiento que en cuanto tal está en abierta contradicción con lo expresa y directamente enseñado por Bellarmino, pues éste lo rechaza en sus mismos términos. ¿Es posible, procediendo así, pretender que se está presentando la genuina posición de Bellarmino?

Y de eso se trataba: de lo que Bellarmino (no, el señor Arriagada Saldías) opinaba acerca de tal materia; de cuál era de hecho la doctrina de Bellarmino, la enseñada en sus obras. Al señor Arriagada S., podrá gustarle o no lo que diga Bellarmino; podrá hallarlo razonable y lógico, o no; pero esas sus personales apreciaciones carecen de importancia para este caso. Porque, aún suponiéndole al señor Arriagada S., competencia suficiente como para poder enmendarle la plana a Bellarmino en cosas en que tan mal le fué al erudito rey inglés, ahora no se trataba de si Bellarmino tiene o no razón en lo que dijo, sino *simplemente de la realidad del hecho material* afirmado por el señor Bowers y contradicho por el señor Arriagada. El primero había proclamado el simple hecho en que en las obras de Bellarmino está expresada, antes que en Jefferson y que en Locke, la concepción básica del régimen democrático de la sociedad civil. Esa afirmación de ese hecho era la que el señor Arriagada contradecía y ha intentado refutar. Sin conseguirlo, eso sí, según se ha visto...

(No estará demás recordar que la posición de Bellarmino en esa materia dista mucho de ser una excepción entre los católicos. Por el contrario, es la tradicional; está en los grandes escolásticos medievales; aun más clara y detenidamente la expone y defiende su contemporáneo el P. Suárez, sobre todo en el *De Legibus* y en el *Defensio Fidei Catholicae*, refutación ésta del mismo Jacobo I; y, para abreviar, la recuerda y alaba nuestro actual Sumo Pontífice, hablando en 1945 expresamente de esta "tesis preferida de la democracia —tesis que insignes pensadores cristianos han en todo tiempo propugnado—, es decir, que el sujeto originario del poder civil que se deriva de Dios, es el pueblo" y diciendo que, por lo mismo, la sociedad civil se origina "desde abajo hacia arriba", del pueblo a los gobernantes, al revés de la Iglesia. Véanse las referencias y una breve explicación de todo ese problema, en las páginas 80-92 de mi libro *La Ortodoxia de J. Maritain*).

LA IGLESIA Y LA CULTURA

La otra cosa que desató las iras del señor Arriagada Saldías, en el discurso del señor Bowers, fueron sus alabanzas a la obra cultural de la Iglesia. Después de las invasiones bárbaras, había dicho el señor Embajador, "el único poder en el mundo con suficiente fortaleza espiritual para afirmar el derecho frente a la opresión; el único poder que podía poner atajo a la rapiña, el pillaje y el atropello, fué la Iglesia. Durante el transcurso de siglos, el cirio del altar fué la sola luz que iluminaba la densa obscuridad en que vivía la mayoría de los hombres, y constituía así el centro hacia el cual convergía la humanidad doliente y sufrida de esos tiempos tenebrosos. Fué en esta forma cómo la Iglesia se convirtió en guardiana solemne de la cultura clásica y en defensora de los derechos humanos". Y añadía que eso mismo "explica por qué los tiranos que intentan subyugar a la raza humana persiguen invariablemente a la Iglesia. Siempre declaran que la religión es el opio del pueblo y ponen sobre ella sus manos sacrílegas, persiguiendo a los apóstoles de la fe".

Se comprende que todo eso resultó demasiado fuerte para el señor Arriagada Saldías... Igual que en lo relativo a Bellarmino, le extrañaron tales "enormidades", jamás oídas ni leídas por él. A fin de salvar su responsabilidad, declara expresamente que le "llama la atención el aserto

del señor Bowers"; y, para contrarrestarlo según sus fuerzas, desencadena toda su erudición "histórica" y su elocuencia... (Aquí es donde sale a relucir el armamento paleolítico tipo "monsieur Homais"... un poco feble, es claro, frente al contemporáneo del señor Bowers).

La erudición del Sr. Arriagada S. se concentra en unos cuantos casitos más o menos históricos, que aprendió en sus mocedades en "imparciales" autores del siglo pasado o antepasado (o en repeticiones de segunda o tercera mano, dependientes de ellos), ¡y que él cree decisivos contra la Iglesia! El no sabe de la Iglesia sino esas "atrocidades", "ignorancias e intransigencias" y "absolutismos" que le han contado, y... supone que todo eso es verdad, y que eso es todo lo que hay, o que todo lo demás es como eso; y que la historia de la Iglesia se reduce, como él dice, a estar siempre "a favor de la esclavitud y de la ignorancia humanas"...

No hay más que decirle que no es así la realidad: que, fuera de no ser exacto todo lo que le han contado, queda todavía muchísimo más que no sale en esos sus autores, y que todo eso tiene un poco más de variedad que lo imaginado por él: no son uniformemente casos como los que él conoce y exhibe. Incluso si fueran enteramente exactas las noticias que el Sr. Arriagada tiene por tales (y que en realidad distan bastante de serlo), el problema estaría casi intacto: tal es la abundancia y la magnitud de los otros datos, de ésos que le faltan a él y que constituyen el fundamento inamovible del aserto aquél que le extrañaba.

Y la explicación obvia de ello (y admitida por nosotros los católicos en un grado tal que, si el Sr. Arriagada S. se enterara, habría de repetir otra vez más su cantinela: "nos llama profundamente la atención"...), la explicación, digo, está en que si bien el Sr. Bowers tiene toda la razón en cuanto a la gran historia, a la resultante general, a la línea definitiva que va quedando de la vida y la acción de la Iglesia (y de eso hablaba él), tal cosa no obsta para que, considerada dentro de un caso particular o de un pequeño trazo o extensión, pueda no haber coincidencia con la dirección de la resultante general. Hay franco adelanto, pero con vaivenes parciales, con pequeñas detenciones, o retrocesos, o desvíos, zigzagueando, "dando bordadas" como un velero contra el viento. Hay fallas humanas en la Iglesia, muy visibles a veces, sobre todo para quien las mira de cerca; pero se sobrepone finalmente la fuerza del Espíritu que la anima, y el movimiento general prosigue y es, a la larga, incesante. Pasa con ella lo que dice el refrán: "Dios escribe derecho, con renglones torcidos": los detalles opuestos quedan compensados con exceso, en número y magnitud, por los otros, que son por eso los que determinan la orientación de conjunto.

Una comparación. En primavera, algunos días serán menos calurosos que los anteriores; y las horas de la noche, menos que las de la tarde. ¿Quiere decir que el calor va disminuyendo en esa época del año? De ningún modo: va aumentando. Eso sí que no en forma rectilínea, pareja, sino con pequeños vaivenes. Los retrocesos diarios, en algunas horas, u ocasionales en ciertos días, quedan de sobra compensados por los progresos, mucho mayores y más constantes; y la resultante general es de aumento. Algo así es lo que sucede en el vivir de la Iglesia: puede haber, y ciertamente ha habido en ciertas personas, regiones, épocas o circunstancias, retrocesos parciales, defectos o fallas más o menos considerables e influyentes; pero, por muy lamentables que sean y muy llamativas sobre todo para quienes tengan propensión a fijarse en ellas, no representan el sentido predominante ni en cantidad ni en intensidad de los casos: los elementos favorables se sobreponen con mucho y dan una resultante ampliamente consoladora. Es claro que, para descubrirla y comprenderla, hace falta alguien capaz de abarcar el conjunto o al menos una parte considerable de su historia y de los diversos elementos o aspectos que la integran;

quien mejor capte esa resultante general, más impresionado quedará por la continuidad y amplitud del progreso, por la energía inesperada de las recuperaciones, por la capacidad de renovación y adaptación y de conservación esencial, pese a las más duras y perniciosas situaciones e influencias, de todo lo cual no hay parangón en sociedad alguna puramente humana. Pero quien no es capaz de abarcar grandes conjuntos, sino que está encajonado en mezquinos casitos menudos, y todos de una misma especie, la desfavorable (como el que observaba la baja del termómetro al anochecer, y creía que la primavera es época de disminución del calor), es claro que no alcanzará a comprender la grandeza de la Iglesia y de su obra y se "extrañará" de que alguien pueda decir cosas como las afirmadas por el señor Bowers.

Si el Sr. Arriagada S. hubiera reflexionado sobre todo eso, se habría librado de incurrir en esa gastada fraseología, que no responde sino a prejuicios e incomprensión, contra la Iglesia, a la que califica de "uno de los principales centros de la reacción y el obscurecimiento en el mundo" (sic!). Y, sobre todo, no habría intentado suplir la falta de visión histórica, con esas baratas incursiones por la San Bartolomé, Torquemada y similares, que, fuera de no servir en absoluto, ni aunque fueran exactas, para rectificar al Sr. Bowers en sus afirmaciones de hondo y amplio sentido histórico, están tratadas ahí por el Sr. Arriagada con una "exactitud y objetividad" parecidas a las de quien hubiera tomado por noticias "fidedignas" sobre la Masonería las de Leo Taxil, o sobre los Judíos las del apócrifo y odioso panfleto titulado "Los protocolos de los Sabios de Sion" (o, ya que habló de la San Bartolomé, las del que tomara en serio lo que asegura Henry-Robert Petit en su libro "Le Dramme Maçonnique", p. 56: "L'un des inspirateurs du massacre de la Saint-Barthélemy et le promoteur de celle-ci" fué nada menos que "Gaspard de Saulx, seigneur de Tavannes, Maréchal de France" y Nº 36 en la serie... "des Grands Maitres" de una de las agrupaciones en que, según dice antes, p. 16, "la Franc-Maçonnerie avant de se cristalliser, dans sa composition actuelle au début du XVIII siècle, existait déjà"...).

...Y GALILEO!

En realidad, las inexactitudes en que incurre el señor Arriagada S., en los hechos mismos o en atribuírlos a la Iglesia, llegan a ser pintorescas, —como ese último toque de una "bendición papal" para una guerra ante cuya inminencia el Papa había en realidad dicho, en su alocución del 1º de Abril de 1935, que "sería un delito tan enorme, una manifestación tan insana de furor, que la tenemos por imposible" y que "si alguno osase cometer ese nefando delito (de desencadenarla) no podríamos sino dirigir al Señor, llenos de amargura, la plegaria: *Dissipa gentes quae bella volunt*" (dispersa a los pueblos que aman la guerra): no es precisamente una "bendición papal",....

Pero "me estoy alargando demasiado", como dice al fin el Sr. Arriagada S. Y no es posible, ni vale la pena, entrar al detalle de todas esas inexactitudes (que, por lo demás, según quedó explicado, aunque fueran verdad estricta, no constituirían ni de lejos la característica dominante de la historia de la Iglesia). Por eso para terminar bastará presentar, como ejemplo típico de la "erudición" con que trata sus temas el Sr. Arriagada, uno de esos casos que aparece dos veces en el artículo, la primera de ellas como aclaración de un grabado regularmente fantasista: el proceso de Galileo. Dejo para otra vez, eso sí, el exponer detalladamente lo que hubo en realidad (cosa enteramente aclarada desde que, hace ya cuarenta años, se publicaron ediciones críticas completas de las obras de Galileo y de las piezas de los procesos). Ahora solamente se darán algunas muestras de la calidad de las informaciones que proporciona el señor Arriagada.

Comienza así: "Los ataques de la Iglesia contra Galileo empiezan cuando hace

su famosa experiencia en la Torre Inclinada de Pisa". Más exactamente pudo haber escrito lo contrario, de lo que unas líneas después el mismo señor Arriagada proporciona el dato de que los descubrimientos hechos por Galileo "motivan una invitación del Papa Paulo V, quien recibe amablemente" al sabio, lo mismo que otros muchos personajes eclesiásticos de Roma, Cardenales, Prelados, profesores del Colegio Romano de la Compañía de Jesús: no estaba el ambiente tan cerrado para la ciencia, como hace creer la frase inicial del señor Arriagada. Por lo demás, lo demostrado entonces experimentalmente por Galileo (cuyo pecado ante la Iglesia sería, de creer al señor Arriagada, que así "ponía en tela de juicio los principios aristotélicos") era enseñado desde mucho antes, según lo probó Pierre Duhem, por Ockam, Buridanus, Nicolás de Oresme y otros profesores parisienses del siglo XV, y por el salmantino Domingo Soto, entre otros, en el XVI (Galileo mismo los cita explícitamente), y a nadie se le ha ocurrido decir que fueran objeto de "ataques de la Iglesia" por ir contra "principios aristotélicos": eran de plena confianza y el último hasta fué teólogo reputado del Concilio de Trento. Se ve, pues, que no acertó el señor Arriagada en asignar razones ni tiempos de las dificultades tenidas por Galileo.

Añade a continuación que "la aparición de una nueva estrella, en la constelación de la Serpiente, derriba otro dogma eclesiástico: el de la invariabilidad del cielo". Ahí casi no hay palabra que pueda salvarse: sin hablar de que precisamente "una nueva estrella" aparecida a los Magos esta enseñada expresamente en el Santo Evangelio... y que, naturalmente, no derriba con eso ningún dogma, sino que les anuncia al Redentor, fundamento de los dogmas...; bastaría con observar que los dedicados a esos estudios no teníamos la menor noticia de ese "dogma eclesiástico" descubierto ahora por el señor Arriagada: es un "dogma nuevo", más nuevo que la misma estrella que lo derribó...

"Invencible en el terreno científico" respecto a su actitud copernicana, declara a Galileo el señor Arriagada. Se ve que no sabe lo precario del heliocentrismo *en esa época*, la falta de verdaderas pruebas, la subsistencia de objeciones entonces sin solución (y precisamente sin solución de tipo experimental: la necesidad de que se diera paralaje anual en las estrellas, por ejemplo), y, peor todavía, la forma en que el propio Galileo comprometió el éxito del sistema de Copérnico precisamente en terreno científico, dando como prueba máxima del movimiento de la Tierra, una explicación suya de las mareas, falsa y opuesta a los hechos, y obstinándose en ella e insultando a Kepler por objetarla y presentar otra fundada, como es la realidad, en la acción de la Luna. Sin sospechar nada de eso, el señor Arriagada escribe: "Invencible en el terreno científico, Galileo es arteramente atraído al campo teológico mediante un procedimiento eclesiástico sinuoso y traicionero". Se ve que tampoco sabe el señor Arriagada que precisamente de parte eclesiástica, de Mons. Dini, del P. Griemberger, del Cardenal Bellarmino, entre otros, fué de donde más se insistió en recomendar a Galileo, para que se evitara dificultades, que no se saliera del campo científico, que no se entrara a hacer de teólogo. En cuanto a eso de artero, sinuoso y traicionero... son amenidades del señor Arriagada.

Como "instrumento" para tender a Galileo "el lazo", planeado según el procedimiento artero, etc., pone el señor Arriagada al P. Castelli: ¡el fiel Castelli, que acompañó a Galileo hasta sus últimos días, no se esperaba seguramente esta acusación póstuma, nacida a orillas del Mapocho, de haber sido "el instrumento" de una traición! En seguida presenta el señor Arriagada al P. Caccini como acusador de Galileo; pero, por su cuenta, amplía la acusación: "lo señala como causante de todas las herejías habidas y por haber". ¡No tanto, hombre! Bastaba que hubiera incurrido en alguna...; y menos podía ser el "causante" de las anteriores a él, de las

"habidas" por allá en el siglo IV... Y a continuación, también por cuenta propia, agrega el señor Arriagada otra acusación, que fué rechazada como calumniosa por el mismo Galileo: "El 19 de Febrero de 1616 interviene la Inquisición y el Tribunal del Santo Oficio le obliga a abjurar del heliocentrismo, condenándolo (¿al heliocentrismo?) a presidio", etc. Galileo se quejó amargamente de esa calumnia, difundida por sus adversarios para desprestigiar sus enseñanzas, y que ahora repite incautamente el señor Arriagada; y hasta pidió al Cardenal Bellarmino, y obtuvo de él, un certificado oficial de que en esa época 1616, en que estuvo en Roma durante un proceso del Santo Oficio, no fué condenado a cosa alguna, ni abjuró de nada: como que ni siquiera se le nombra en el proceso ni en la resolución final.

¿Y entonces...? ¡Ah! muy sencillo: ¡de nuevo le falló la erudición histórica al señor Arriagada! No tomó en cuenta que hay dos procesos diversos; y aplicó al de 1616 todo lo que ha oído acerca del segundo, que es de 1633... (aunque tampoco es exacto de este segundo todo lo que ahí dice del primero). En su primera presentación del "caso Galileo", la que viene de explicación del grabado inicial, está el verdadero año; pero, para no acertar del todo ni esa vez, el Sr. Arriagada adelanta la fecha tres días. Variación mínima frente a todas las demás confusiones de datos y a la mezcla constante de algo real con mucho de fantaseado en tanto escrito seudocientífico, y que el señor Arriagada se encarga de confundir y mezclar un poco más... y de adornar con calificativos de su cosecha: horrendo, escandaloso, obscurantismo, ignominia, intransigente, etc.

Y eso es todo lo que presenta el señor Arriagada, muy confiado de poder, con un "factum" de esa calidad, contrarrestar los asertos que le llamaron la atención en el discurso del señor Bowers... Y concluye con una "tirada" contra la Iglesia, "que se cubrió de ignominia y perdió toda autoridad al oponerse, con intransigente criterio, a la verdad científica"... Y eso que reconoce que la vino a "aceptar después". ¿Qué diremos del señor Arriagada Saldías? Después de haber visto cómo andan sus datos, ¿no se le podría aplicar algo de eso? Digamos únicamente que ojalá siga el mismo camino que su perseguida: ya se ha opuesto bastante "a la verdad científica", a la histórica sobre todo; falta ahora que deje el "intransigente criterio" y se decida a "aceptar después" esa verdad que ha ido dejando tan estropeada...

Una pequeña sugestión, para terminar. Al ver qué valor tienen los datos presentados por el nuevo director de "Occidente", uno echa de menos el antiguo epígrafe de esa revista: "Revista de información y de cultura". Ahora es sólo "la cultura por la cultura". ¿No vendría bien que se volviera algo a lo de antes? que hubiera alguna preocupación, siquiera la indispensable, por *la información...?* Informarse antes de opinar, y saber informarse con exactitud, no está reñido con la cultura, sino al contrario...

Julio Jiménez Berguecio, S. J.

El Mensaje de amor del Padre Lombardi

Un hombre de Dios, un santo jesuíta ha pasado por Chile y en sólo cinco días ha removido las conciencias y ha despertado energías y esperanzas de apostolado en sacerdotes y seglares. Su mensaje de amor conviene sea comentado en esta revista llamada "Mensaje", cuyo objeto es llevar a todos los ambientes la presencia del Evangelio de Cristo. Posiblemente, de las predicaciones del Padre, la que más caracterizó su doctrina fué efectuada en el gran gimnasio de la Universidad Católica de

Valparaíso ante tres mil personas. De ella queremos hacer en este artículo una breve síntesis y comentario.

Cuando llegó Jesús al mundo Grecia y Roma dirigían lo que podríamos llamar "la ciudad terrena", y daban estructura jurídica y cultural a los pueblos que giraban en torno al Mediterráneo. La síntesis de San Agustín en la Ciudad de Dios se esforzó por cristianizar el mundo pagano y utilizó de éste cuanto correspondía a la moral natural y no se oponía al Evangelio. Sin embargo, durante largos años si bien el Evangelio penetró en todos los ambientes y sectores de la sociedad, no logró transformarla completamente; y el Derecho Romano fué la base de la convivencia civil; y los regímenes de la esclavitud y de la servidumbre predominaron aunque no correspondían a un concepto auténticamente cristiano de la vida. Llegó la Edad Media y el poderoso cerebro de Santo Tomás hizo en su Suma Teológica la síntesis maravillosa de todo el saber de su tiempo. En las alturas, Dios inmenso y omnipotente, Cristo y su jerarquía de ángeles y santos; más abajo, la arquitectura del universo y, dentro de éste, el hombre pequeñito, casi insignificante, ante el despliegue de tanta magnificencia. Vinieron los tiempos modernos con el humanismo que procuró engrandecer la figura del hombre y éste fué creciendo en todas dimensiones. Con Lutero y el libre examen, se hizo juez de sus propias relaciones con Dios; con el teísmo, redujo a Dios a un Ser muy lejano nebuloso, ajeno al mundo, del cual, según muchos, ni se preocupaba; con el movimiento liberal el hombre se esforzó en organizar una sociedad laica, fundada únicamente en la libertad y en los derechos del individuo. A la vida económica, sacudida por los grandes descubrimientos del vapor y la electricidad y por el desarrollo de la mecánica, se aplicó el mismo principio. Así se formó el capitalismo frío y sin entrañas que aglomeró grandes masas de trabajadores en torno a las usinas y convirtió el trabajo en mercancía sujeta a la oferta y a la demanda.

La reacción de las masas que utilizaron el sindicalismo como medio de defensa no se hizo esperar y vino la cuestión social como lucha abierta entre el capital y el trabajo, lucha que culminó con la Revolución rusa y la dictadura del Proletariado. Mientras tanto en el orden ideológico el hombre envanecido hizo de Dios una simple idea suya, una forma de interpretar el universo: idealismo, existencialismo, historicismo han probado que el mundo sin Dios ha fracasado y la vida humana carece de sentido. La negación de Dios que Nietzche declaró muerto, bailando sobre la cima de una alta montaña, ha conducido lógicamente a la destrucción del hombre mismo. El comunismo se oculta ahora como un viejo decrépito, se rodea de una cortina de hierro para que nadie le vea, tiene vergüenza de sí mismo, de su propio fracaso; quiso hacer feliz al hombre proclamando la justicia social como bandera, y no obtuvo sino la tiranía, la opresión y la destrucción de la persona humana. El mundo de hoy perece y muere: negó a Dios y el humanismo sin Dios fué imposible, fracasó y este fracaso significa la más imperiosa exigencia de volver a Dios. El Evangelio que da el cielo a los hombres es, a su vez, hoy día la única fuerza que puede dar también la felicidad a la tierra en lo que humanamente es posible. Estamos pues en una encrucijada de la historia en que un mundo viejo se hunde para siempre y no volverá más: el mundo del capitalismo y el mundo del comunismo; el primero, porque no supo respetar el derecho a la vida de los ciudadanos y redujo las muchedumbres a la miseria y a salarios de hambre; el segundo, porque ahogó la libertad y los derechos inalienables de la persona humana, en una feroz y dura tiranía. Pero, sobre los escombros de lo que desaparece y no volverá nace una aurora, viene un mundo nuevo, el mundo de Jesús. Tal es el mensaje de amor que dirige al pueblo el Padre Lombardi.

Los principios del Evangelio pueden salvar al mundo y lo salvarán. Ellos proclaman la paternidad de Dios y la frater-

nidad de todos los hombres en una gran familia; todos son hijos de Dios y hermanos en Cristo; el hermano se diferencia del hermano, pero no es hermano si no le ayuda a vivir con el decoro de los que tienen una misma sangre y son hijos de Dios. Aún más, el pobre es la imagen viva de Jesús; servirlo es servir a Jesús y asegurarse la vida eterna. La historia no se hace caminando hacia atrás: la libertad en la solidaridad, exigencias auténticas del mundo actual, no puede darlas al mundo el laicismo que muere. Sólo Cristo con su mensaje de amor realiza estos postulados básicos en una sociedad en que ya no hay fronteras y, para no perecer, es necesario que todos sean hermanos. La fraternidad no debe ser palabra vacía sino realidad encarnada en la vida social, hecha alma de su estructura jurídica. Vienen los más hermosos tiempos para el cristianismo: no sólo su misión será dirigir los hombres al cielo, como lo ha hecho siempre, sino también estructurar con sus principios la convivencia humana, la nueva sociedad, el mundo nuevo que nace al soplo vivificante y amoroso del Corazón de Cristo. Jesús no sólo será rey de las almas, sino también de las familias, de las estructuras económicas y de la organización política del mundo. El espíritu evangélico constituye el eje de fuerzas sobre el cual se apoyará la dinámica de la sociedad futura. ¡Venga a nos tu reino!

Guillermo Viviani C.

Nota.— En un próximo artículo de esta Revista comentando el libro "Per un mondo nuovo" *del P. Lombardi, trataré de la estructura social del mundo nuevo de Jesús.*

INDUSTRIAS TEXTILES UNIDAS
S. IGNACIO 92

Depósito directo de Fábricas

CASIMIRES - LANAS - SEDAS - ALGODONES

PRECIOS BAJISIMOS

Etica social

por José Aldunate Lyon, S. J.

El hombre es por naturaleza social. No puede desplegar plenamente sus potencialidades ni satisfacer perfectamente sus necesidades sino uniéndose con sus semejantes en vista de asegurar ciertos fines o bienes comunes. De estas sociedades, algunas son **voluntarias**, como una sociedad comercial; otras en cambio son **necesarias**, sin las cuales el hombre normalmente no puede vivir como conviene. Estas obedecen a exigencias de la naturaleza humana y no están a merced del capricho humano. La naturaleza determina sus estructuras esenciales; la libre voluntad de los hombres fija las determinaciones y formas más particulares.

La Etica Social se ocupa sobre todo de estas sociedades naturales o necesarias y pretende descubrir sus estructuras esenciales.

Su importancia es manifiesta. El que atenta contra la estructura esencial de la sociedad familiar o civil por ejemplo, violenta la naturaleza del hombre. El tipo de la divorciada americana o del funcionario soviético (tan bien descrito por Koestler) es el resultado de tales violaciones.

Sociedades naturales son: **la familia — el Estado o Sociedad Política— La Sociedad Internacional.** A éstas podemos añadir la **Profesión Organizada** como organismo integrante del cuerpo social.

LA FAMILIA

1) El cristianismo conserva, protege y eleva la sociedad conyugal y familiar en sus elementos fundamentales. Nos ofrece una bibliografía riquísima. Nos limitamos a citar:

PIO XI.— **"Casti Connubii".**

J. DERMINE.— **"La doctrina del matrimonio cristiano".**

B. LAVAUD.— **"El mundo moderno y el matrimonio cristiano"**, (trad. Villaplana, Barcelona 1943).

COULET.— **"L'Eglise et la famille".**— Conferencias en 6 vol. Spes. París 1930. Recomendamos especialmente el 6to. sobre La Mujer y el Hogar.

2) Sobre espiritualidad familiar recomendamos:

PIO XII.— **"Alocuciones a los jóvenes esposos".**

ANGEL DEL HOGAR.— **"Intimidad Conyugal", "Maternidad", "Iniciación de los niños en el misterio de la vida", "El Matrimonio"** (para el joven y la joven), etc. Bs. Aires.

A nuestro juicio, esta colección nos ofrece los mejores libros para poner en manos de los jóvenes, los futuros esposos, las madres: breves, precisos, atrayentes, no rehuyen tocar todos los puntos aconsejables haciéndolo siempre con mucha delicadeza.

GUSTAVE THIBON.— **"Lo que Dios ha unido"** - admirable estilo, penetración psicológica y fuerza de pensamiento.

CHRISTIAN.— **"Ce sacrament et grand"**- Spes, París.

L'ANNEAU D'OR, revista internacional de espiritualidad familiar (ed. du Feu Nouveaux, Paris), para los que han comprendido que el matrimonio es una ruta de santidad. Tiene números especiales dedicados al misterio del amor, la paternidad, etc.

3) Estudios filosófico — sociales muy completos:

JACQUES LECLERCQ. — **"La Famille"**, 3er. tomo de sus Lecons de Droit Naturel, Louvain. Abraza los distintos aspectos de la institución familiar: lo que es el matrimonio, la mujer, el niño, la escuela, la educación. Tiene además una obra más reciente: "El matrimonio cristiano".

ARCHAMBAULT.— **"Elements d'une doctrine familiale".** - París 1946.

4) Los sacerdotes y educadores y también la acción católica apreciarán:

PASTORALE FAMILIALE.— Recopilación de los trabajos del Congreso de Obras Católicas en Rennes, 1949.

5) El tema "la mujer" ofrece en todos sus aspectos una abundante literatura. Señalamos más particularmente:

PIO XII.—Alocución sobre la condición de la mujer en el mundo moderno, teni-

da el 21 de Octubre de 1945 donde insiste en particular en el deber de la mujer de participar en la vida pública. La ed. Spes, París, ofrece una traducción y buen comentario.

GERTRUDE VON LEFORT.— **"La mujer eterna".**

LESTAPIS.— **"La femme, le travail, la famille"** Spes 1947.

SERTILLANGES.— **"Feminismo y Cristianismo".** - Lecoffre 1936.

6) El divorcio, se halla bien tratado por:

FONSEGRIVE.— **"Mariage et Unión Libre".** - Plon París.

DESFORGES.— **Le divorce** - ed. familiales de France 1947.

7) Para el aspecto jurídico:

GODRON.— **"La famille".** Cerf París 1946. El derecho civil francés y el derecho canónico comparados.

8) El aspecto social de la familia está bien desarrollado en **Leclercq**, o. c., y **Lemonyer-Tonneau** (véase no. anterior de Mensaje), y las **Semanas Sociales** de Limoges y Grenoble. Notemos además:

GEMELLI.— **"L'Origine della famiglia".**

LESTAPIS.— **"Au delá du Marxisme par l'organisation des familles"** Spes 1946. Restituir a la organización familiar el lugar que le corresponde en la vida pública es superar el Marxismo, y en general la disyuntiva: individualismo totalitarismo.

9) Problemas de amor conyugal y fecundidad:

El **Grupe Lyonnais d'Etudes Médicales** tiene excelentes estudios sobre Problemas de Sexualidad, Herencia y Raza, Medicina y Educación, Medicina y Matrimonio. Algunas van siendo traducidas y públicas por Desclée, Buenos Aires.

BIOT.—**"La educación del Amor".** — Desclée, Buenos Aires.

BIOT, GOEDSELLS, MERSCH.— **"Conocimiento y Guía del Amor".** — Desclée, Buenos Aires.

PROBLEMES DE SEXUALITE.— **"Présencés"**, Plon.

DE GUCHTENEERE.— **"Limitations des naissances".**— Cité Chrétienne Brux. 1931.

RICAUD O. P.— **"La vida es sagrada"** trad. Desclée, Buenos Aires. Excelente.

FOERSTER.— **"Moral sexual y pedagogía sexual".**

Recordemos aquí también la colección **"Angel del Hogar"** de que hablamos más arriba, escrita originariamente bajo el seudónimo de Dufoyer por calificados moralistas y educadores belgas.

La Francia se ha destacado por su preocupación por los problemas familiares y la abundante literatura al respecto. Esto se debe precisamente a la crisis de la familia francesa y de la natalidad. Actualmente es el país de asignaciones familiares más elevadas, de asociaciones familiares mejor organizadas (la Unión Nacional de Asociaciones familiares) y tal vez la única en que estas asociaciones van adquiriendo el lugar que les corresponde, influyendo como tales en las comisiones legislativas y en la marcha política del país.

EL ESTADO

El Estado o Sociedad Civil, en un círculo más amplio, reúne las familias, en vista de asegurarles el bien común.

El término "Estado" se usa también en sentido más restringido para designar el gobierno de la sociedad civil. Es el objeto entonces de la ciencia política.

Es de importancia fundamental asentar los grandes principios de la filosofía política cristiana. Tienen una gloriosa tradición:

SANTO TOMAS, especialmente en "De Regimine Principum".

LOS ESCOLASTICOS del Renacimiento: **Vitoria, Suárez** (de Legibus, Defensio fidei), **Belarmino** (de laicis). Se opusieron al absolutismo de los reyes y establecieron los principios de una verdadera democracia.

Los escolásticos del s. XIX, **Taparelli** (Saggio di diritto naturale - Esame critico degli ordini rappresentativi nella moderna societá), **Meyer, Cathrein**, de tendencia más autárquicas.

Todos coinciden sin embargo, en trazar una vía media entre el individualismo rousseauniano y el Estatismo hegeliano: el fundamento de la autoridad está sí en el individuo pero no en sola su voluntad individual: está en la naturaleza social del individuo. El Estado tiene derecho a ser servido por los individuos, pero en tanto en cuanto lo exige su fin, que es servir el bien común. Véase:

MAGNIN.— **"L'Etat, conception paienne, conception chrétienne"**, (1931).

ROLAND-GOSSELIN.— **"La doctrine politique selon St. Thomas".** (1928).

ENCICLICAS PAPALES.— **León XIII: "Diuturnum", "Immortale Dei", "Libertas", "Sapientiae Christianae".**

PIO XI.—**"Mit brennender Sorge".**

PIO XII.— **"Summi Pontificatus"**. Véase también su alocución de Navidad de 1943, sobre las normas fundamentales del orden interno de los Estados y los pueblos, y el que dirigió al VII Congreso Internacional de Ciencias Administrativas, el 6 - VIII - 1950.

GUENECHEA I.— **"Principia Iuris Politici"** - Gregoriana, Roma 1938. En latín, verdadera Summa escolástica que abarca todos los problemas modernos.

DE YURRE, Gregorio.— **"Lecciones de Filosofía Social"**. Seminario, Vitoria (España) 1949. Lo recomendamos por su claridad.

LECLERCQ JACQUES.— **"L'Etat et la Politique"**, vol. II de sus Leçons de Droit Naturel, ágil, moderno, sugestivo.

LA SOCIETE POLITIQUE ET LA PENSEE CHRETIENNE. — Reúne los trabajos de la Semaine Sociale en Reims 1933.

Recomendamos los escritos sólidos de los juristas católicos:

IZAGA.— **"Elementos de derecho político"** 3 vol. Bilbao 1922.

DABIN J.— **"La doctrine Générale de l'Etat"**.— Bruselas.

LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

Es la sociedad de las naciones o más exactamente de los Estados. Aquí el problema que se plantea es análogo al político. Las soluciones siguen líneas análogas a las de la filosofía política. Por un lado está el individualismo internacionalista que se llama **nacionalismo integral** y por otra el **cosmopolitismo totalitario** en que desaparecerían los Estados.

La sana filosofía nos enseña que la sociedad internacional, hoy día al menos, responde a una exigencia de la naturaleza humana conciente de su unidad y de la interdependencia de todos los hombres a través de las fronteras. La bomba atómica ha planteado ante el mundo el dilema: o unirse o perecer. Al mismo tiempo los progresos científicos y técnicos hacen posibles esta unión de naciones. Pero esto no quiere decir que los Estados quedarán absorbidos. La necesaria flexibilidad del organismo social, pide el respeto a las diversidades nacionales.

DELOS J. T.— **"La société internationale et les principes du droit publique"**, nos da una vista de conjunto de los problemas que plantea el orden internacional.

FOLLIET J.— **"La Morale Internationale"**.

EL CODIGO DE MORAL INTERNACIONAL DE MALINAS nos ofrece los grandes principios.

IVES DE LA BRIERE, conocido internacionalista tiene varias obras: **"La communauté des Puissances"**; artículos en el Diction. Apol. de la Foi Catholique.

LE FUR.— Autor de **"Les Grands Problémes du Droit"**, toca varios temas de derecho internacional. Véase también su **"Races, Nationalités"**.

Mgr. B. DE SOLAGES ha tratado a fondo y con gran competencia el tema de tanta actualidad: La Théorie de la guerre juste. - Descl. de Br. 1946.

Pero sobre todo recomendamos la lectura atenta de las grandes alocuciones de **Pío XII** sobre las bases de un orden internacional. En particular:

Alocución de Navidad de 1942.— Presupuestos esenciales de un orden internacional.

Alocución de Navidad de 1945.— El problema de la democracia y la organización interna de la paz.

Alocución del 6 de Abril de 1951.— Las bases indispensables de una organización política del universo.

Joyas finas - Brillantes - Platería

REGALOS DISTINGUIDOS

"La Equitativa„

ALAMEDA B. O'HIGGINS 857

Este número de MENSAJE se terminó de imprimir el día 5 de Diciembre de 1951 en la imprenta de la Pía Sociedad de San Pablo, Av. V. Mackenna n. 10777. — Santiago.

Consuma Champagne

Valdivieso

Unico verdadero elaborado a base de fermentación natural

En sus tipos:

Rosé *Brut*

Extra Dry *Demi-Sec*